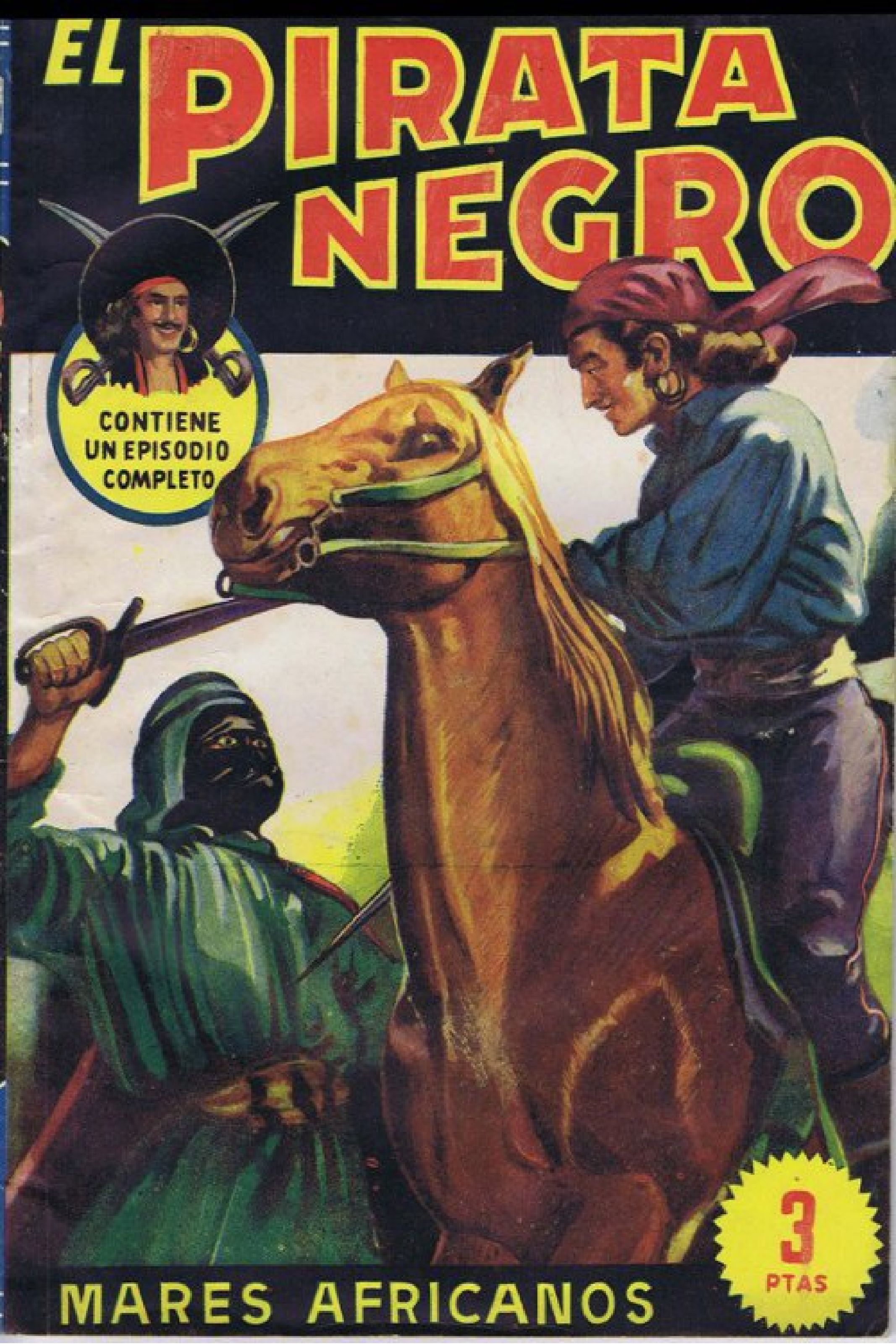
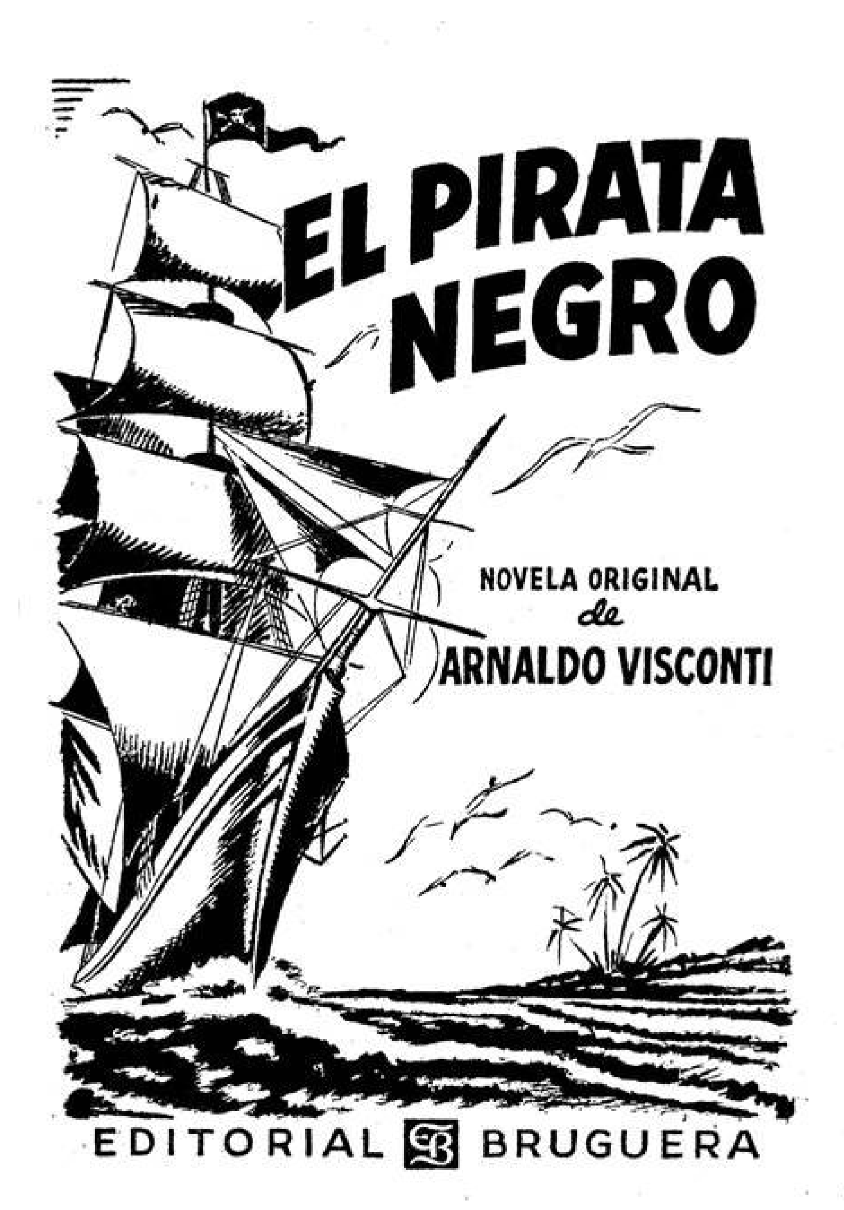

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
MARES AFRICANOS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Mares africanos

Colección El Pirata Negro n.° 25

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


Mares Africanos

CAPITULO PRIMERO

Rumbos opuestos

El viento de Levante barría con furia el mar, encrespando las olas y azotando las grandes velas del redo bergantín, que cabeceaba gallardamente de proa dirigiéndose hacia la lejana bahía de Cádiz.

En las vastas calas del bergantín apiñábase una muchedumbre que por sus rotas vestimentas y sus demacrados rostros delataba huellas muy recientes de pasadas penalidades.

Mezclábanse los ancianos con muchachos de corta edad y mujeres. Tero pese a su aspecto derrotado, leíase en todos los semblantes una inmensa alegría.

Todos a una elevaron los rostros Inicia el entarimado de entrada cuando apareció un individuo alto, de anchas espaldas, pelirrojo y manco del antebrazo izquierdo.

El recién llegado, tras el que se detuvo un marino que depositó en el entarimado dos voluminosos sacos, vestía con atildada elegancia y se quitó cortésmente el tricornio azul, que mantuvo bajo su sobaco.

—Buenos días a todos, aunque el día sea tormentoso exteriormente-empezó a decir Diego Lucientes —. Varias veces he sido yo cautivo de enemigos y cautivo de amores. Siempre que me liberaron, viví unos instantes de completa euforia, que supongo serán los mismos que vosotros estaréis viviendo. Y también a mí en todas las ocasiones, como ahora a vosotros, me liberó el caballero capitán Carlos Lezama, conde de Ferblanc.

Un anciano llevando en brazos à una niña de unos doce años, avanzó irnos pasos.

—A vos, capitán Lucientes, os liemos manifestado nuestro deseo de presentar nuestra eterna gratitud al conde de Ferblanc.

—El conde de Ferblanc es el capitán aventurero que obra por impulsos nobles arriesgando su vida en defensa de los oprimidos. Pero... —y el madrileño sonrió humorísticamente-el capitán Lezama tiene un cierto pudor. Cuando ha realizado su empresa triunfadora, se aleja sin aguardar los laureles. Y en el caso presente siguió un rumbo opuesto al de mi barco, porque otros quehaceres le reclamaban.

—Todos sentimos no poder besar las manos del que, corriendo el riesgo más temerario, vino a salvarnos de los fosos de Mezzomorto-dijo el anciano dejando en el suelo a la niña.

—Descuidad, señor-replicó Lucientes —. Para el capitán Lezama la mejor de las recompensas es saber que en España su nombre empezará a sonar con la aureola de capitán aventurero que ludia en pro de una buena causa, noblemente y sin interés. Si él osó la aventura, por pocos intentada, de penetrar en los propios dominios de los piratas africanos, merecía por ley de guerra el botín ganado al enemigo. Sin embargo, he aquí su botín.

Lucientes señaló los dos voluminosos sacos.

—Contienen el oro de los cofres de Mezzomorto, que ya no es un vivo sanguinario con aspecto de muerto, sino, un cadáver definitivo, ya que el capitán Lezama le venció en combate singular. Tengo orden del capitán Lezama, de quien soy simple portavoz y subordinado, de proceder a un reparto equitativo de este oro. Pero preciso una ayuda.

—¡Mandad, capitán Lucientes!

—Nuestro agradecimiento para vos.

—Sois, también, nuestro salvador...

A las varias voces de sincera emoción, el madrileño correspondió levantando su única mano en ademán de apaciguamiento. Su rostro de simpática truhanería se iluminó con la sonrisa que brotó en su ancha boca blancos dientes.

—No confundamos, amigos. Yo también soy un cautivo rescatado, pues to que fue el capitán Lezama quien evitó que mi cogote mellara un alfanje bereber. La orden que tengo es que ese dinero os sea repartido de acuerdo proporcional a la duración del viaje que emprendáis una vez que n barco os deje en Cádiz. Pero yo n puedo, a menos de perder mucho tiempo, ir inquiriendo cuál es el pun donde radica vuestro hogar.

—¡El señor de Pola es nuestro consejero! —gritó una voz masculina.

—¿Consejero? —inquirió extraña Lucientes.

—Entre los cautivos es costumbre señor capitán-explicó el anciano que apoyaba su diestra en el hombro de la niña —, elegir al que consideran— más apto para asesorarles en los difíciles trances del cautiverio. Yo fui el elegido. Soy el barón Ernesto de Pola.

Inclinóse levemente el madrileño correspondiendo al saludo del anciano.

—Yos entonces, si lo tenéis a bien os haréis cargo del reparto de este oro.

—¿Cuál procedimiento consideré más rápido?

—Vaciados los dos sacos, contáis contenido. Armado de papel y pluma vais anotando los lugares de residencia de todos los cautivos. Y el res os será fácil. Disponéis de tres horas antes de que mi barco ancle en la lúa gaditana. ¡Ah! No os olvidéis reservar la parte correspondiente los señores Thomas Sweet y Algüd Roneckin, que, por ser hombres de m y para que puedan informarme de situación en los mares africanos, hallan en mi camarote.

Poco después entraba Lucientes su camarote, donde aguardaban hombres. Uno de ellos era de contextura delicada y bello rostro afilado por recientes privaciones.

El otro era un gigante rubio de rostro bonachón y musculosa apariencia donde los anchos hombros soportaban una cabeza leonina de larga melena i enmarañada. Y destacábanse en el bronceado rostro los grandes ojos de un azul límpido e infantil.

Sentóse Lucientes y los otros dos hombres lo hicieron ante él.

—Vos, Thomas Sweet, me habéis ya referido vuestra carrera de oficial mercante, y vos, Algüd Roneckin, siendo naturalista, os habéis pasado la mayor parte de vuestra vida viajando por todo el mundo, y el mar ha sido también vuestro amor. Os supongo muy deseosos de regresar a vuestros bogares, y para ello, he dejado avisado que se os reserve la parte que os correspondo en el reparto del oro de Hadji Hasan Mezzomorto.

Algüd Roneckin adelantó una mano enorme, que apoyó en el hombro de Lucientes. Su largo brazo cruzó el ancho de la mesa con facilidad...

—Quisiera haceros una advertencia, capitán Lucientes. Tanto

vos como el capitán Lezama, obráis demasiado generosamente.

—Yo me limito a cumplir órdenes del capitán Lezama-rebatió con cierta sequedad de tono el madrileño —.

V cuanto él ordena, está bien meditado. Pocos jefes pueden igualarse en dones de mando y sensatez al señor caballero Lezama.

—No os molestéis, capitán Lucientes —dijo el naturalista sueco, con ancha sonrisa bonachona—. Vos confesasteis que era la primera vez que el capitán Lezama recalaba en los mares africanos. Y a fe mía que lo hizo con acierto y bravura sin igual. Por todos los ámbitos va a oírse hablar del héroe español que fue a degollar al león en su propia guarida. Pero reconociendo la valentía y audacia del capitán Lezama, y también la vuestra, he de deciros con franqueza que no estáis avezados a las trampas que rebosan en los mares africanos.

—Descuidad —sonrió Lucientes—. Para trampas, suelo componérmelas bastante bien. Ahora, ya que el azar dispuso que vos y el señor Sweet os instruyerais en los ardides bereberes de muy peligrosamente cerca, os agradeceré cualquier informe que podáis facilitarme.

—¿Habéis pensado en tomar informes de cada uno de los rescatados? —preguntó Thomas Sweet.

—¿Yo? Aparte de que pienso poco, no veo ninguna utilidad en ello.

—Procuraré poneros en antecedentes-dijo con cierta prosopopeya el guapo marino inglés —. Los piratas bereberes consideran muy peligroso el efectuar correrías hacia las costas españolas, desde la expulsión de los últimos moros en Andalucía en 1610. Estiman que si no tienen espías en las tierras que piensan saquear, la labor es difícil. Sin ayuda posible desde tierra, las correrías costeñas se hicieron más arriesgadas para ellos.

Y por —eso emplean un ardid, con doble finalidad: mezclan entre los cautivos a algún renegado que les merece toda confianza. Además de que este espía, fingiendo ser cautivo, puede informar de cualquier motín o intento de escapatoria, si alguna vez son rescatados, como es el caso presente, el espía renegado sigue la misma suerte que los otros cautivos liberados.

—¿Comprendéis ahora? —dijo Roneckin—. Cuando desembarquen en Cádiz, alguno de ellos, disfrutando de la

prerrogativa de cautivo rescatado, podrá ejercer su labor de espionaje...

—Comprendo. Pero, yo no puedo encerrar a todos los cautivos y aguardar a que sus familias vengan a buscarlos. Es muy difícil, casi imposible discernir cuál es el cautivo de veras y el que no lo es. Que se las compongan con ellos las autoridades españolas. El capitán Lezama y yo hemos cumplido: Él, liberando; yo, prestando mi barco para el transporte a Cádiz.

Lucientes sacó de la alacena varios frascos que fueron amigablemente vaciados entre los tres hombres. Roneckin fue explicando con fruición infantil las delicias de clasificar plantas y rocas de todas las regiones del universo...

Thomas Sweet mostró cierta vacilación cuando Lucientes le preguntó cuáles eran sus futuros proyectos.

—Mi barco pertenecía a una flotilla británica que nace escalas en Canarias. Si, como decís, capitán Lucientes, pensáis ir hacia las islas Afortunadas... yo quisiera pediros un gran favor.

—Hablad sin vacilación.

—Quisiera abusar de vuestra generosidad solicitando que me desembarquéis en un puerto canario.

—Por mí no hay inconveniente. Anclaré en Santa Cruz de la Palma.

Algüd Koneckin puso una cara de apenada reconvención.

—Thomas-murmuró afligirlo —, ¿no me prometiste que iríamos juntos a Londres, y después vendrías a mi casa de Stockolm?

—Es que tengo cierto pundonor, Algüd-dijo el británico —. No quiero Volver a Londres como un rescatado, sino como oficial marino que soy. Y cogiendo en Santa Cruz de la Palma uno de los' barcos de la flotilla, llegaré más correctamente a mi patria.

—¿Y yo tendré que viajar solo a través del continente europeo? —preguntó Roneckin con patente aflicción—. Me había hecho tanta ilusión el pensar que tú vendrías conmigo y te presentaría a mis padres y a mi esposa...!

—Ven conmigo-dijo el inglés sonriendo —. Siempre y cuando el capitán Lucientes no tenga inconveniente en ello.

—Ninguno. Una amistad nacida en el cautiverio, no puede romperse por una negativa mía. Yo sé por experiencia que, cuando dos amigos emprenden rumbos opuestos, duele.

La conversación, después que ambos cautivos hubieron manifestado su agradecimiento, giró alrededor de la situación dé la piratería bereber en el Mediterráneo...

Lucientes escuchó interesado la«elocuentes palabras de Thomas Sweet que, extrayendo varios papeles de su faltriquera, iba narrando los principales acontecimientos históricos que hacían de los bereberes y turcos los dueños y señores de los mares africanos...

—"... y el terror que hasta entonces dominaba en las islas italianas na tardó en comunicarse a los reinos del Norte. Ya en 1616, sir Francisco Cottington, embajador inglés en España escribió al favorito de Jacobo, el duque de Buckingham...

Thomas Sweet alisó una arrugada hoja de papel, que se dispuso a leer:

—Es copia que yo llevaba cuando fui preso. —Decía el embajador: "La fuerza y el atrevimiento de los piratas bereberes ha crecido tanto en todas las regiones costeras del Mediterráneo, que jamás he conocido nada que haya producido más tristeza y perturbación en esta corte que las noticias que de ellos llegan diaria-i mente".

"La flota bereber consta de cuarenta velas de alto bordo, de dos a cuatrocientas toneladas cada una; la almirante tiene quinientas. Se dividan en dos escuadrones: uno de dieciocho velas, que permanece frente a Málaga, a la vista de la ciudad, y otro, cerca del cabo de Santa María, que está entre Lisboa y Sevilla".

"El escuadrón del Estrecho entró de nuevo en el Mediterráneo, y oír Motril, una ciudad de Málaga, derribaron con su artillería la entrada del castillo. Sin duda habrían tomado la ciudad, de no ser porque, vinieron soldados de Granada a socorrerla; allí tomaron, no obstante, varias naves y entre ellas tres o cuatro del oeste do Inglaterra".

"Llevaron dos grandes naves inglesas hasta la orilla, a no más de (mitro leguas de Málaga, y después saltaron a tierra y las quemaron; y hasta esta fecha permanecen ante Málaga interceptando a cuantos barcos pasan por aquella ruta e impidiendo todo comercio a estas partes de España",

—Bien. —dijo Lucientes al ver que el inglés doblaba la copia—. Pero eso era ni el año de la Nana Gorda. Ahora estamos en 1709...

—Y el poderío bereber es más pujante que nunca. Años después,

la flota bereber, que se componía ya de dos-rentas velas, había capturado cuatrocientas sesenta y seis naves inglesas, cuyas tripulaciones fueron vendidas como esclavos. Los cónsules ingleses en Argel escribían constantemente a la capital pidiendo alivio para la desdicha de los cautivos ingleses, aleñando a su Gobierno a tomar medidas vigorosas para domeñar la creciente insolencia de los argelinos.

—¡Un buen palo les ha dado mi amigo el capitán Lezama! —dijo orgu-1 Sosamente Lucientes—. Que para domeñar insolentes, no hay mayor insolente que el caballero Lezama.

—Bendigo al capitán Lezama... pero estas expediciones aisladas de capitanes aventureros e intrépidos han sido ya intentadas por otros marinos también audaces. Murieron todos en medio de atroces torturas. Precisamente, un capitán inglés con tres buques, fue preso por Durban, el renegado inglés, y se propaló por los argelinos la minuciosa relación de las torturas infligidas por Durban al pobre capitán aventurero inglés, lo cual ha enfriado mucho los ánimos de todos los marinos.

—Los ánimos del capitán Lezama, nada los enfría.

—Casi estoy por deciros que cuando Su Majestad el Rey de la Gran Bretaña sepa la hazaña realizada por el audaz español, vuestro amigo, tendrá deseos de conocerlo. Apostaría a que procurará invitarlo a que le visite en su Corte... Tened en cuenta que, no ha mucho, el Rey recibió un mensaje de un cautivo, en que le decía que si no enviaba rescates, pronto habría un millar de esclavos ingleses en la costa bereber; y la carta terminaba con la advertencia de que los bereberes insolentados habían jurado que irían a Inglaterra a sacar a los hombres de sus propias camas.

—También los bereberes tienen derecho a fanfarronear-sonrió Lucientes.

—Pero esta amenaza no carecía de fundamento. Al poco tiempo de recibir el Rey el mensaje, treinta barcos bereberes, saliendo de su base de Sallée, en la costa atlántica africana, asolaron las costas inglesas del Atlántico y hasta logaron capturar una nave en aguas del Támesis.

—¡Repámpanos! Van lejos los mozos...

—Dicen que en el oeste de Inglaterra la población está tan atemorizada, que la luz del “Lizard” fue apagada, en evitación de

que guiase a los piratas. Y el Canal de la Mancha no es ya paraje seguro para un mercante que navegue solo.

Prosiguió la conversación… Cuando el bergantín recaló en la bahía gaditana, y hubieron desembarcado todos los liberados, Diego Lucientes no se hizo a la mar porque la galerna rugía furiosa; y por espacio de varios días la tormenta fue tan huracanada, que era una insensatez intentar hacerse a la mar…

* * *

Al oír la segunda folia cantada por Rosa Hoyos, Carlos Lezama se encogió de hombros, en amarga burla de sí mismo.

—Quizá en Canarias, sin que yo lo sepa, está aguardándome la mujer que sueño y anhelo… —murmuró.

Al cabo de un instante, en que las olas reflejaron un bello semblante aniñado plasmando los rasgos faciales de la palmeña de diecisiete años, el Pirata Negro cerró los ojos y crispó los puños.

—Pero… ¡no puede ni debe ser Rosa Hoyos!… —murmuró, colérico.

Le apartó de sus pensamientos el divisar a lo lejos, en el horizonte, unas manchas negras que iban aumentando progresivamente de volumen…

—¡Soltad los contrafoques! —gritó, desde el puente de mando.

Al ser obedecida su orden, silbó en tres estridentes llamadas.

Su lugarteniente "Cien Chirlos" fue a colocarse a su lado.

—¡Ahí viene tormenta, guapetón! —advirtió el Pirata Negro—. Aquellas nubes, si mal no me engaño, arremolinarán pronto el charco. Empujan hacia la costa. Mientras se prepara la danza, iré a cenar. Substitúyeme…

El Pirata Negro descendió Lacia la sala capitana, donde se detuvo en el umbral, contemplando el cuadro que ofrecían Rosa Hoyos, que escuchaba con embeleso los rasgueos de la guitarra de "Piernas Largas", y el chiclanero, quien, arqueado sobre su instrumento, tocaba suavemente una melódica zambra…

Al ver al Pirata Negro, Curro Montoya se puso precipitadamente en pie.

—La señora quiso escuchar mi música, señor-explicó —. Por eso entré…

—Bien que hiciste; y ahora que has cumplido, vete a cubierta. Pronto habrá bailoteo, y no quisiera que la corriente me empujara

hacia el puerto de Sallée.

Desapareció corriendo el andaluz, mientras Carlos Lezama sentábase ante Rosa Hoyos.

—Me permitiréis que cene sin más tardanza, porque después tendré seguramente que pasar la noche en vela.

Ella le miró con expresión de miedo en los ojos… El Pirata Negro, levemente asombrado, la interrogó con la mirada.

—¿Habéis dicho Sallée, capitán Lezama? Antonio me habló de Sallée, y es un lugar horrible, cuyo nombre pone pavor en toda la cristiandad.

—En lenguaje marinero, os diré que Sallée es un puerto que está magníficamente bien situado para piratear, tal como se halla en la costa del Atlántico africano y distando tan sólo cincuenta millas de Gibraltar. En Sallée, los piratas permanecen emboscados al acecho de cuanto buque navega hacia el estrecho y parten como flechas al encuentro de los mercantes de las Indias Orientales.

—¡Odiosa piratería!… —dijo ella, temblando—. Suponed que nos atacan los temibles piratas, capitán Lezama. Vos solo, con vuestro barco…

—No temáis. Mi velero es muy ágil de maniobra, y no le pueden dar alcance esos piratas a quien tanto parecéis odiar…

—No es que los odie…, pero reconoced conmigo que todo pirata es un ser sin alma, un verdugo cruel y despiadado, un hombre sin sentimientos, ni ley, ni patria.

El Pirata Negro pasóse el meñique por el fino bigote, en ademán meditativo. Fue sirviéndose en el plato de las varias bandejas que ya el cocinero había depositado en la mesa.

—¿Me queréis acompañar en la cena, Rosa?

—No tengo el menor apetito, capitán Lezama. Y vos que sois capitán de mar, me daréis la razón, ¿no?

—¿La razón porque no comáis mientras os espera impaciente vuestro prometido? —sonrió irónicamente el Pirata Negro.

—Por lo que antes os dije. Vos debéis despreciar y aun maldecir de todo pirata.

—No puedo, niña. Todo pirata no es necesariamente un ser sin alma. Nació con ella. Alguno la conserva celosamente aconchada. La mayor parte de ellos son crueles y despiadados porque la profesión que eligieron lo exige. La inmensa mayoría son hombres

sin sentimientos, ni ley ni patria. Pero no se debe generalizar. Yo oí hablar de un pirata inglés que lidiaba contra sus propios colegas de profesión…

—Pero eso es la excepción…

—Tanto más honra la excepción, niña. Porque quien carga con la fama de bandido y sabe comportarse como un caballero, es doblemente de admirar. Aunque creo que al que así se comporte se le da un ardite que le admiren o no, mientras él pueda dormir siempre tranquilo, sin reprocharse nunca una acción indigna.

Rosa Hoyos tendió el oído hacia la lucarna abierta al mar.

—Silba el viento, capitán Lezama.

—Empieza, tan sólo… Hay galerna a la vista; por eso he anticipado mi cena, privándome del honor de acompañaros cuando os dispongáis a hacerlo.

—¿Os preocupa la tormenta que se avecina?

—El viento de Levante en esta región gaditana es muy recio y desmantela al que se confía. Perdonaréis, pues, que os deje para atender a la maniobra.

En cubierta el viento ululaba agitando las velas con furor, mientras el mar se arremolinaba en largas olas que chocaban restallantes contra la proa.

El levante soplaba hacia tierra con denodado ímpetu, y los tripulantes, encaramados en los palos altos, tenían que acudir a todos sus recursos de expertos marinos para no ser derribados.

Las nubes fueron apiñándose, envolviendo en brumosas negruras el velero, Un surco de fuego rasgó el cielo, y el primer retumbar del trueno anunció que se iniciaba la tormenta.

Fueron,, primero, densos y lentos goterones los que repicaron contra las velas; después, menudeó la lluvia, que azotaba los rostros al ser impelida por el fuerte vendaval.

Cuando ya la galerna se había desencadenado y cielo y mar parecían Juntarse en fragorosa rebelión, el velero, navegando a inedias velas, empezó a desobedecer al mando del timón.

Los relámpagos que incendiaban la noche permitían ver la figura corpulenta de “Cien Chirlos”, que, abrazado a la rueda de gobierno, pugnaba por conseguir que la proa —se mantuviera rumbo hacia el sudoeste. Pero las masas líquidas y el viento, en aunado esfuerzo, impulsaban al velero a un retroceso en su marcha, bandeándolo a

estribor, hacia la línea costera africana.

Como si en la lejanía parpadearan diminutos fuegos fatuos, se hicieron visibles varios puntos, púrpuras encima del mar, como pupilas sanguinolentas al acecho.

Mojada por la lluvia, y pugnando por abrirse paso entre el vendaval y los chorros que azotaban la cubierta, Rosa Hoyos llegó al puente de mando, con el pavor plasmado en su aniñado semblante.

—¡A la deriva! —gritó, angustiada.— ¡Vamos a la deriva!

El Pirata Negro, con cierta brusquedad, se enfrentó con la rescatada.

—Id a la sala, señora. No es ése vuestro sitio...

—¡Sallée!... ¡Aquello es Sallée, el puerto pirata!

Y con la diestra tendida, señalaba temblando los puntos de luz que iban creciendo.

—¡Son barcos piratas que nos abordarán!

—Entendéis mucho de mar, niña-replicó irónicamente el Pirata Negro.

—No naufraguéis el ánimo, porque estamos muy lejos de hundirnos.

—¡Nos atisban! ¡Vienen hacia nosotros! ¡Y antes que caer de nuevo prisionera, yo...!

—¡Callad, voto al rayo!

El velero seguía derivando hacia la costa, donde pululaban las naves piratas del puerto de Sallée, que, sin abandonar el refugio de sus bahías, aguardaban confiadamente la presa, que ya otras veces el levante les Labia concedido.

—¡Vira a todo babor! —gritó estentóreamente el Pirata Negro.

El velero giró en redondo... Por un instante pareció quedar izado en el aire... Al coger su quilla al favor de la corriente y el viento, fue empujado violentamente Lacia delante.

—¡Rumbo al noroeste!

Las velas hinchadas por el viento favorable, y las olas empujando con fuerza, contribuyeron a dar al ya de por si ágil velero una celeridad asombrosa.

La proa, más que abrir el agua, parecía cortar el aire...

—Os acompañaré a vuestro sitio, señora.

La voz autoritaria impulsó a la palmeña a descender a la sala

camareta. Antes de entrar, quedó tranquilizada al ver que habían desaparecido en el negro horizonte los puntos de luz que denotaban la presencia de los buques piratas africanos.

—Perdonadme si subí, capitán Lezama. Pero el miedo... Yo no estoy avezada a las tormentas.

Distendióse el semblante colérico del Pirata Negro.

—Vuestra explicación era innecesaria, niña. De todas formas, si algún día se os presenta otra ocasión semejante, no contribuyáis con vuestras exclamaciones de desaliento a aumentar las tormentas. En otras tripulaciones, los gritos de pavor de una mujer, influyen mucho.

—Habéis ordenado virar en redondo...

—Era la única solución. La tormenta nos hubiese desmantelado y entregado a los piratas bereberes. Volvemos a Cádiz, hasta que renazca la bonanza. El viento y la corriente nos llevarán indemnes a la bahía gaditana.

CAPITULO II

La asociación antipirática

Los habitantes de la ciudad de Cádiz estaban acostumbrados a las periódicas apariciones del temporal de Levante.

La gran alameda que lindaba con el puerto y la playa estaba desierta, porque allí era donde el viento bacía estrados, impidiendo a los viandantes deambular sin peligro.

Pero las calles que se protegían con los altos edificios cercanos al puerto mantenían su tránsito y ajetreo habituales.

Diego Lucientes había dejado a cargo de su segundo, Ankou Kerbrat, la misión de ir desembarcando a los cautivos liberados, en parte por comodidad y en parte para evitarse las efusivas manifestaciones de gratitud de los que regresaban a sus hogares después del cautiverio.

En la calle del Corregidor, a ambos lados, múltiples tabernuchos ofrecían a la vista panzudos barriles con los nombres de los más renombrados viñedos andaluces...

Transcurrió la tarde entera, y era ya anochecido cuando Diego Lucientes, satisfecho de sí mismo, había recorrido, sin perder ni uno sólo, los bodegones de la calle del Corregidor.

En la esquina, se detuvo indeciso. Era agradable vagar sin rumbo y meditar que actualmente sólo se le presentaba un problema: torcer a la derecha o encaminarse hacia el callejón de la izquierda.

Una voz aguda y femenina entonó un tarareo que hizo levantar la cabeza al madrileño.

Dirigió sus pasos hacia el lugar de donde provenía el sonido de aquella voz... Y quedó en pie bajo un balcón, en el que una muchacha, al parecer sin haberle visto, canturreó:

“El lunes me enamoro, el martes lo digo, miércoles me declaro,

jueves consigo, viernes doy celos, y sábado y domingo amor nuevo busco.”

—Hoy es sábado —exclamó Lucientes, quitándose el tricornio—. Y en vuestra canción creo descubrir indicios de un alma gemela a la mía, linda gaditana.

Ella miró hacia abajo, pero la sonrisa que se iniciaba en sus rojos labios desapareció con el rostro, porque una mano velluda asía por el hombro a la cantante, arrastrándola hacia atrás.

Lucientes retrocedió unos pasos y contempló a un ceñudo individuo que, tras empujar a la mujer al interior de la sala, decía campanudamente:

—Para requebrar a mujer que alta está, no se necesita valentía, señor caminante.

—Yo creo que lo único que se necesita es voz, señor del balcón.

—¡Voto a sanes! Esperadme, si es atrevéis —gritó el desconocido.

—Bajad, a ver si me atrevo a atreverme-replicó Lucientes.

Oyéronse pasos precipitados, el correr de unos cerrojos, y en la calle apareció el individuo espada en mano.

Desenvainó Lucientes... Y cuando esperaba un aluvión de estocadas, vio asombrado que el que se disponía a atacarle bajaba la espada, apoyando la punta en el extremo de su bota.

La mirada del desconocido fijábase en el antebrazo manco del madrileño y en sus rojos cabellos.

—¿Pensáis asesinarme con la mirada, señor? —preguntó, algo amostazado, Lucientes.

—Excusadme... —dijo, vacilante, el desconocido—. ¿Sois, acaso, el capitán del. Tercio de Aventureros, cuyo bergantín ancló por la mañana?

—El bergantín es mío, sí.

—¿Os llamáis capitán Diego Lucientes?

—Ese soy yo.

Envainó el desconocido, previo un saludo con la hoja, y tendió la diestra.

—Honradme, señor Capitán, visitando mi casa. Soy Juan Robles.

—Bien, señor Robles... Yo..., pues, francamente, no entiendo a qué viene eso. Primero, venís dispuesto a ensartarme, y ahora...

—Todo Cádiz se hace lenguas de vuestra hazaña.

—Yo no fui quien liberó a los cautivos. Fue mi amigo, el caballero capitán Carlos Lezama.

—No seáis modesto. —Y el gaditano abrió de par en par la puerta de su casa—. Hacedme el gran honor de acceder a brindar conmigo.

—¿Brindar? Vamos a ello… Pero, oíd, señor Robles: ¿por qué os tomasteis tan a la tremenda el que yo me detuviese a contemplar a la linda doncella que cantaba?

—Debí hacerlo así porque mi hija Carmen es una tontuela que canta coplas cuyo entender ignora. Y otras veces he parado de pies a muchos galanes, dada la maldita vecindad de esta calle de bebedores.

La sala en que entró Lucientes estaba amueblada lujosamente. Un lacayo llegó portando una bandeja con un frasco y dos copas.

—Sentaos cómodamente, capitán Lucientes. Ese es vino de mis propiedades de Lebrija… ¿Me consentís que brinde por vuestro bergantín?

—Brindemos-admitió el madrileño, quien, después de beber, añadió —¡Buen paladar tiene este mosto!

—Quizá habréis extrañado mi repentina invitación, capitán Lucientes No os asombrará cuando sepáis que yo soy el secretario de la Asociación Antipirática.

—¡Repámpanos!… ¿Me servís otra copa? Perdonad que me invite yo mismo, pero me habéis emocionado al señalarme así, repentinamente, vuestro cargo.

—Me complacería mucho que esta noche os quedarais a cenar conyugo. Yo mandaría aviso al conde de Tarifa, quien, no lo dudo, estaría honradísimo en estrechar vuestra diestra.

—¿Es amigo de cenas alegres?

—Es el presidente de la Asociación Antipirática.

—Me lo temía…, digo, me lo suponía. Pero, en fin, señor Robles, no concedamos mayor importancia al hecho de que yo me hallé en condiciones do poder allegar mi bergantín para servir de medio de transporte a los cautivos del Zoco Ardiente.

—Es que tengo la certidumbre d que el conde de Tarifa se alegrar de hablaros… Y, a la vez, quizá o haga una proposición que os deslumbre.

—Deslumbrado estoy-dijo Lucientes, mirando hacia el umbral de

la sala, donde acababa de aparecer Carmen Robles.

Levantóse y se inclinó ceremoniosamente en profunda reverencia.

—Acércate, Carmen —dijo el padre, con cierto mal talante—. Este caballero es el capitán Lucientes.

Correspondió ella al saludo del madrileño, manteniendo la vista baja y ruborizado el rostro.

—Esta hija mía parece inteligente, pero es tonta de remate-aclaró Juan Robles, con leve sonrisa —. Estoy seguro de que cantaba alguna copla que podía inducir a error a cualquier per. nona sensata.

—La oí cantar ayer al señor Cayetano-se excusó ella.

—¡Eso es! —rezongó el padre—. Oíste cantar al borracho más empedernido de todo Cádiz, y te dio por repetir... En fin, avisa a tu aya, y vete a casa del conde de Tarifa. Dile que me honraría cenando aquí, ya que tengo el inmenso placer de contar como comensal con el capitán Lucientes, el dueño del bergantín del Tercio de Aventureros.

Sin mirar al madrileño, ella salió de la sala, después de una leve reverencia. Sentóse el pelirrojo, disponiéndose de nuevo a aburrirse.

—¿Cuándo pensáis haceros de nuevo a la mar, capitán Lucientes?

—A la que amaine la tormenta.

—Cosa de dos o tres días aún, tal como se ha presentado. Bendigo el azar de nuestro encuentro, capitán Lucientes, aunque os declararé que, si no os llego a conocer ahora, mañana a primera hora me hubiese presentado en vuestra nave.

—¿En qué os puedo interesar?

—En dos conceptos. Ambos, posibilidades de que saciéis vuestro afán de aventuras, porque, al saber que osasteis penetrar en los dominios del Gran Turco en la costa bereber, deduzco que tenéis tal afán. Y podríais enriqueceros rápidamente de dos modos: o rescatando cautivos con vuestra esforzada espada, o apresando moros cautivos.

—¿Apresando moros cautivos?

—Ante el creciente bandidaje de esos malditos piratas bereberes, en España, así como en otros países del continente, se crearon varias Asociaciones Antipiráticas. Pero cuanto más se paga por los

rescates, más aumenta el mal'. Y hemos comprobado que, ofreciendo, a cambio de cautivos cristianos, cautivos moros én nuestro poder, empiezan los bereberes a darse cuenta que no hay mejor sistema contra los piratas que servirse de procedimientos idénticos. Yo, lo que os puedo asegurar es que, o rescatando cristianos o apresando bereberes, vos podéis hacer una considerable fortuna.

—¿Por qué no encarga el Estado oficialmente tales misiones a sus aguerridas fuerzas?

—Porque las necesita para otros menesteres más apremiantes. Y, naturalmente, nuestra sociedad prorrescate de cautivos en Berbería, acoge con agrado, y hasta diría con entusiasmo, el casual arribo a nuestro puerto de capitanes de mar tales como vos.

—Tened en cuenta que tengo una misión que cumplir, ordenada por el hombre al cual considero mi único jefe. Hablo del capitán Lezama.

Juan Robles mesóse la puntiaguda barbilla y, entrecerrando los párpados, concentró sus agudas pupilas en el rostro del madrileño.

—Me es dado saber por experiencia que en el alma de los llamados aventureros existen caudales de generosidad. Luchar por una causa justa hace no tan sólo olvidar pasados amargos, sino que también produce la recompensa que toda acción noble trae consigo. ¿No os apiada la suerte de tantos y tantos como gimen bajo el salvaje yugo de los bereberes?

—Si estuviera en mi única mano el hacer que el sol brillase para todo el mundo, os garantizo que la son —. risa sería dueña del mundo. Pero como sujeto particular, tengo otros menesteres que reclaman mi atención.

—Quizá si supierais qué raro es el año en que no desaparecen miles de europeos en los mercados del tráfico humano africano... Sabréis que el comercio de esclavos ha sido el motivo de la piratería bereber. Lo que ellos consideran un fructífero comercio, ha alcanzado hoy en día proporciones descomunales. En Argel, en Túnez, en Trípoli, se forman compañías que financian barcos, que son enviados al mar con el único objeto de regresar cargados de mercancía humana.

—Que se pongan de acuerdo las naciones europeas, que les corten el resuello a los bereberes... y después que sigan peleándose

entre ellas tranquilamente. Yo no nací para redentor ni desfacedor de entuertos. Quizá si vuestro oyente fuese el caballero Lezarraga..., él lo remediaría y sería el aventurero sin par que precisáis.

Pese a la insistencia de Juan Robles, Diego Lucientes mantúvose en la negativa, y poco después, al regresar Carmen Robles, manifestando que el conde de Tarifa hallábase en las Salinas del interior, de donde no regresaría hasta el día siguiente, Diego Lucientes rechazó la oferta de cenar en compañía de Juan Robles.

Dirigióse a su bergantín, levemente contrariado. Había creído que la hija de Juan Robles embellecería la cena, pero al averiguar que debería cenar "mano a mano" con el secretario de la Sociedad Antipirática, prefirió escudarse en el pretexto de que sus obligaciones le reclamaban a bordo.

Apenas llegó, y tras oír de boca de Ankou Kerbrat que la tormenta iba en progresivo aumento e impediría al bergantín zarpar hasta dentro de dos días, se fue a dormir.

El propio Ankou Kerbrat fue a despertarle a media mañana.

—Tenéis visita, mi capitán.

Restregándose los ojos, Diego Lucientes gruñó:

—¿Sociedades Antipiráticas? A estas horas de la madrugada es indecoroso despertar a un hombre trabajador y consciente.

—Son las once, mi capitán. Y os afirmo que os alegrará la visita.

—¿Eh?... —Y Lucientes púsose en pie de un salto, vistiéndose rápidamente.— ¿Será una morena de ojos de brasa, con cabello de ala de cuerpo y sonrisa dulzona y peligrosa?

Mientras hundía el rostro en una jofaina de agua, para terminar de despejarse, la voz de Ankou Kerbra pareció variar al decir:

—Menos vino por las noches y no necesitarás tanta agua por las mañanas.

En el colmó del estupor, escupiendo agua, Diego Lucientes dióse media vuelta y rió alegremente al divisar la figura del Pirata Negro.

—¡Repámpanos, señor! ¿Soy yo el que navego o tú el que estás anclado?

—Los elementos no quieren, por lo visto, que llevemos rumbos opuestos. La tormenta me obligó a refugiarme en esta bahía.

—¡Bienvenida sea esta tormenta!

—¿Cuál es la otra tormenta, estudiante? ¿La morena de ojos de brasa, cabello de ala de cuervo y sonrisa peligrosamente dulce?

—Divagaciones de mi despertar, señor-dijo Lucientes, secándose el rostro —. Ayer conocí a una damita que cantaba una letrilla que me gustó... Pero su padre la guarda celosamente

—Hace bien. De todas formas, no pienses que mi visita obedece a deseos de oírte hablar de tu último amo. He meditado sobre la conveniencia de que seas tú quien me releve ahora en el grato vasallaje de tener que acompañar a su isla a...

En el umbral de la sala, el bretón Aukou Kerbrat se inmovilizó.

—Dos caballeros españoles desean, ser recibidos, mi capitán.

—¿Quiénes son, Ankou?

—Uno de ellos es el señor Juan Robles, según me dijo, y el otro el conde de Tarifa.

—¡Córcholis! Yo no... —y de pronto el madrileño asintió—: Aquí les espero.

Salió el lugarteniente, y Diego Lucientes explicó:

—Son nada más y nada menos que el presidente y secretario de una Sociedad intitulada Antipirática.

—¡Tate!... ¡Bien hacen entonces en visitarte! Charla con ellos amistosamente, que yo me alejo.

—Preferiría que los oyeses hablar. Seguramente te interesará oírlos.

Juan Robles entró en la cámara, acompañado por un individuo rechoncho de corta estatura, pero de enérgico semblante. Los cuatro se saludaron ceremoniosamente, y Diego Lucientes señaló unos escabeles.

—Celebro la oportunidad de esta visita, señor Robles-dijo Lucientes, mentándose —. Porque yo persisto en mi negativa...

Juan Robles señaló a su acompañante.

—Espero que lo que no logró mi pobre persuasión, lo consiga la elocuencia del señor conde.

El aludido extendióse en consideraciones sobre el permanente peligro que suponía la piratería bereber...

—...se desparraman por el Mediterráneo occidental, siendo su campo de caza favorito los canalizos de la costa española y las Islas Baleares, y, sobre todo, las costas italianas con sus islas, aunque también de vez en cuando se aventuran a cruzar el Estrecho de Gibraltar para interceptar las naves que vienen de las Indias a Cádiz. Como ya os dijo el señor Robles, capitán Lucientes, no

oficialmente, pero sí privadamente, puedo deciros yo que un cazapiratas que rescatase cautivos o aprisionase bereberes lograría un honroso medio de acumular riquezas en corto tiempo, si su esforzado ánimo y la suerte le acompañasen.

Diego Lucientes miró al Pirata Negro...

—Me interesa lo que decís, señor conde-habló por vez primera Lezama.

—No exagero en cuanto expongo —dijo el conde de Tarifa, alentado por la aprobación del desconocido—. Hay fortuna y a la vez satisfacción espiritual en esta misión. Podríamos ajustarla de dos modos: o bien entráis a paga de nuestra Sociedad...

—No-dijo concisamente el Pirata Negro.

—Lo suponía. Por tanto, la segunda oferta os gustará, dado el natural carácter independiente de cuanto hombre de mar se lanza a acometer empresa de este alto rango, tanto en valentía y audacia, como en provechosa y benéfica finalidad. Libremente os hacéis a 1a, mar, entrando en las zonas bereberes... No discuto que esta incursión es ya peligrosa de por sí...

—Lo hemos comprobado ya. Puedo afirmar sin jactancia que lo difícil no está en ir, sino en volver-sonrió el Pirata Negro.

—¡Vos sois el capitán Lezama! —exclamó Juan Robles.

—¿En qué lo habéis notado?

—Porque, estando presente el capitán Lucientes, lleváis vos la voz cantante.

—Compartimos a medias muchas cosas... —siguió diciendo sonriente el Pirata Negro—. Pero en la presente ocasión, si hablo yo, es porque el capitán Lucientes tiene, además de mucha fortuna personal, otros quehaceres más urgentes. En cambio, yo sólo tengo por quehacer el intentar que la esquiva fortuna se me rinda en estos mares africanos.

—¡Excelente, excelente! —dijo, animado, el conde de Tarifa—. Ved. Tiraje esto con intención de mostrárselo al capitán Lucientes.

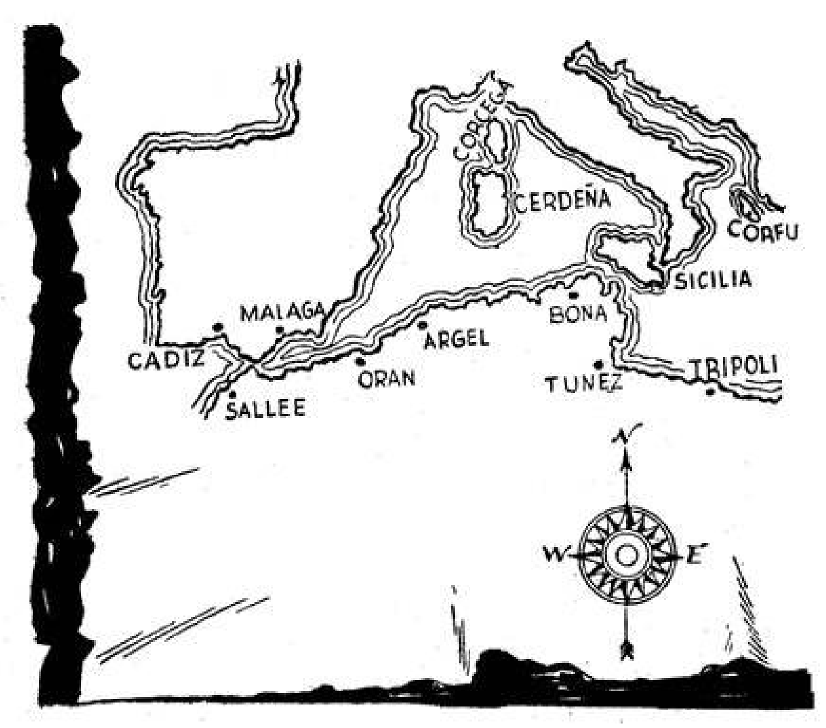
Extendió encima de la mesa un mapa del Mediterráneo occidental, donde con el índice fue puntuando lo que decía.

—Prácticamente se puede afirmar que, desde Sallée hasta Trípoli, toda la costa es un semillero de piratas bereberes. Quien la pise, si es por su libre voluntad, tiene que poseer un ánimo muy templado.

—Supongamos que he templado mi ánimo en otras empresas parecidas, señor conde. Decidme ahora: ¿cuáles son las misiones más provechosas que creéis que puedan realizarse en la costa, bereber?

—Por cada cautivo bereber que traigáis, recibiréis cincuenta escudos de oro.

—No los quiero. Mis calas no transportan ganado.



Tosió algo sorprendido el conde. Pero, dispuesto ya por anteriores frases pasar por alto las respuestas algo recias, siguió diciendo:

—Existe la labor más humanitaria, entonces, de rescatar esclavos europeos.

—Pongámonos de acuerdo, señores. Yo no rehusó el apresar bereberes por razones humanitarias. Sé que todos ellos son criminales para los que no existe en mi pensamiento la menor piedad. Pero estimo que menos estorbarán muertos que presos. Ahora, decidme: ¿quiénes son los principales jefes con que cuenta la piratería bereber?

—Existía Hadji Ilasan, “Mezzomorto”.

—A éste ya le di su merecido. ¿Cuáles son los demás?

—Tres son los archipiratas del Mediterráneo occidental. Dragut, el mahometano de Rodas, que se supone impera en la zona de Trípoli. Sinau, el judío de Esmirna, que domina en la región tunecina, y Aydin, el turco, llamado también “Drub el Diablo”.

—¿Dónde anida ese “Drub el Diablo”?

—No se sabe a ciencia cierta.

—Bien. Intentaré averiguarlo. ¿Y cuál es la misión que veis por el instante más provechosa, aparte de la natural de decapitar a esos tres traficantes en carne humana?

—Tenemos una lista en la que se nos van acumulando nombres de personas por cuyo rescate se ofrecen cantidades enormes. Pero ocurre algo extraño: simplemente os mencionaré el caso del gentilhombre Gonzalo de Amor, un caballero riquísimo, residente en Málaga. Hace cuatro años, en una incursión de piratas bereberes, desapareció su hija, una niña de corta edad llamada Ángeles. El rapto se achacó a Sinau, el judío de Esmirna. Pero por más oro que se ha ofrecido a Sinau, nunca ha vuelto la niña.

—Moriría, sin duda-dijo fríamente el Pirata Negro —. Un bereber estima en mucho el oro...

—Pero es que, no ha mucho, el afligido padre, para .quien Ángeles era el único tesoro apreciable, recibió un mensaje de un cautivo, donde aludía al hecho de que una niña llamada Ángeles estaba en poder de Sinau, el judío. Su padre envió dos barcos, que fletó de su bolsa, con aventureros decididos a todo. Murieron... Y os aseguro que quien lograse rescatar a Ángeles de Amor-podría contar con haber realizado su fortuna.

—Lo intentaremos. ¿Dónde decís que reside Sinau, el judío de Esmirna?

—En la costa tunecina. Y en el Besitán, que es el mercado de esclavos, generalmente, establecido en un gran oasis interior, allí cualquier bereber, si lográis interrogarle, os dirá el paradero de Sinau, el pirata judío.

—Me propongo visitar a Sinau. Y estimo que ya hemos llegado a un acuerdo. Me haré a la mar cuando cese esta tormenta, y tarde o temprano regresaré a Cádiz.

Despidiéronse los dos gaditanos, y al quedar solos Lucientes y el

Pirata Negro, éste sentóse, señalando el asiento situado frente a él.

—Poco te hablaré, estudiante. Pero quiero que me oigas con suma atención. En mi velero está Rosa. Hoyos. Vendrá a tu barco, y tú la llevarás a Santa Cruz de la Palma.

—Ya que la tormenta así lo quiso...

—Y, en evitación de futuras tormentas, acuérdate de que ella es la prometida de un honorable caballero.

—Pura mí, Bosa Hoyos, siendo preciosa, no existe.

—No he creído innecesaria, sin embargo, mi advertencia. Conozco tu inflamable Corazón... y nunca te perdonaría cualquier intentona de suplantar al prometido de Rosa Hoyos... Cuando llegues a la isla palmeña, ¿qué piensas hacer?

—Regresar a Cádiz a esperarte.

—Trae contigo a mi hijo, y te encomiendo su cuidado. Quiero que crezca honestamente, y si voy a los mares africanos es para que, cuando oiga hablar de mí, esté orgulloso de que yo sea su padre. Si... el destino me diera tumba en las arenas bereberes o en el mar africano...

—Tal no ocurrirá. Pero... —y el madrileño adelantó su diestra—, ¡topa! Tu hijo crecerá honestamente y será un caballero.

* * *

Rosa Hoyos intentó averiguar los motivos por los que el Pirata Negro desistía de acompañarla.

—¿No tenéis en la isla palmeña a vuestro hijo? Así me dijo el capitán Lucientes.

—Mi hijo vendrá a reunirse conmigo en Cádiz.

—Yo confiaba en que seríais huésped de honor en mi patria chica...

—Nuestras vidas han de seguir forzosamente rumbos distintos, niña. Vos os casaréis, porque así lo manda vuestro feliz destino, y yo seguiré en el mar, que tal es también mi destino..

—Pero, una vida continua de aventura, ¿no os hace desear un hogar donde halléis reposo?

—Lo deseo y espero hallarlo. Mientras, cada uno a su destino.

La sequedad con que habló Lezama hizo pensar a Rosa Hoyos, en su inexperiencia, que el aventurero carecía de la _ simpatía que caracterizaba a Diego Lucientes...

* * *

Anochecía cuando amainó el temporal, y, acuciado por la impaciencia de regresar pronto, Diego. Lucientes, después de una corta despedida, en que tanto él como Lezama no exteriorizaron sus fúnebres presentimientos, izó velas el bergantín, saliendo de la bahía.

Estaba el Pirata Negro contemplando la silueta que iba empequeñeciéndose del barco en que se alejaba Rosa Hoyos, cuando "Cien Chirlos" acercóse, quedando en silencio junto a su jefe.

—Habla, guapetón. ¿Qué quieres?

—Hay un tipejo que quiere hablarte, señor. Viste ropas raídas y tiene jeta de poco de fiar. /

—¿Qué me quiere?

—Dice que..., tendré que echarlo al agua, pero él no sale de cubierta si no te habla, señor. ¿Lo echo al agua?

—Tráelo acá.

Un individuo alto y flaco, vistiendo ropas que antaño debió de llevar algún caballero amante del bien vestir, pero que ahora aparecían en lamentable estado, llegó acompañado por "Cien Chirlos".

Llevaba espada duelista v largo puñal, y cubría sus largos cabellos negros con un ostentoso chambergo: polvoriento.

—¡Hola, desconocido! ¿Qué deseas de mí?

—Hablarte.

—¡Hablarte, señor!... —gruñó "Cien Chirlos", empujando con el puño las espaldas del desconocido—. No se te, olvide añadir la palabra "señor"...

—Te llamaré cuando te quiera oler, guapetón. Vete. ¿Cuál es tu nombre amigo?

—Bruno Bronzo.

—¿Eres italiano?

—Soy corso.

—¿Por qué causa demostraste tanta insistencia en hablarme?

—Porque en tus manos está el permitirme morir redimiéndome.

Lezama examinó el semblante macilento del corso. Los ojos hundidos ostentaban una expresión desesperada. Los delgados labios tenían una firmeza amarga.

—Sigue hablando, corso.

—He sabido que te dispones a zarpar con rumbo a la costa bereber. Allí tengo yo que morir.

—¡Bien! Asunto tuyo es el morir en la costa bereber o en donde te plazca. Pero no es asunto mío.

—Juan Robles afirma que tú eres valiente, duro de carácter, pero generoso a tu modo. Según parece, pudiendo Ser conde de Férblanc, prefieres ser el capitán aventurero Carlos Lezama. Llevo día tras día consumido por la impaciencia, el hambre y el remordimiento... aguardando la ocasión de hallar pasaje a bordo de un barco que se atreva a internarse por los litorales bereberes.

—Has' hablado de impaciencia, hambre y remordimiento... Me jacto de conocer a los hombres, corso. Hay en tu semblante algo inquietante, pero el tiempo dirá si me equivoco. Creo también que hay en ti... la ruina física de un hombre que nació caballero.

Parpadeó el corso, mirando con penetrante ojeada al Pirata Negro.

—¿Qué más adivinas en mí?

—He hablado de tu ruina física..., no de la ruina moral. Porque llevas armas, y confiesas pasar hambre.

—La tengo.

—Creo también que no tienes pelos en la lengua,. Bruno Bronzo. ¿De qué utilidad me puedes ser en mi velero?

—No soy hombre de mar, pero... —y crispó las mandíbulas el corso-tengo flacura nerviosa. Antaño poseí fuerza y alegría. Hogaño quiero llegar a la costa' bereber. Mentiría si te dijera que puedo servirte de marinero. Pero baldear la cubierta, fregar, ayudar en las cocinas..., creo que por más derrotado que ahora esté, sirvo bien para ello.

—Ven. Quiero oírte donde la luz dé en tu rostro.

En la camareta, y a una orden del Pirata Negro, llevaron una bandeja, donde alternaban viandas y frutas.

—Para ti, Bruno Bronzo. Yo ya cené.

El corso echó una mirada ansiosa a los manjares. Pero levantó la cabeza.

—Después, señor. ¿No querías interrogarme?

—Habrá quizá sitio para ti a bordo de mi barco. Dijiste que te acuciaba el remordimiento. Eso me hizo mirarte con cierta amistad,

porque si fueras —un criminal no hablarías de remordimientos, sino que alardearías de tus acciones.

—He cometido el peor de los crímenes, señor. No puedo tan siquiera explicártelo.

—Ni te lo pido. ¿Hubo criminosa intención en tu delito?

—No la hubo. Fue un extravío pasional... Pero las consecuencias no las pude prevenir..., y ¿merezco la muerte.

—¿Manejas la espada?

—Era el primer duelista de Córcega, y tuve escuela en Nápoles y en Florencia.

—¿Sí? Desenvaina... Te abrirá el apetito.

El corso púsose en pie al ver que el Pirata Negro sacaba al aire su acero.

—¿Quieres demostrarme tu habilidad?

—Puedo herirte involuntariamente.

—No te guardaría ningún rencor por ello. ¡En guardia!

El corso obedeció... Por espacio de varios minutos, en silencio, ambos hombres trabaron sus aceros, prodigando toda suerte de estocadas. El corso aumentó sus hábiles fintas...

—De pronto, vaciló..., y con rictus dolorido guardó el equilibrio apoyándose en la punta de la espada, que clavó en el suelo.

—Estoy debilitado, señor...

—Llámame capitán Lezama. He comprobado que no mientes. Tu espada es de primer orden. ¿No te ha abierto el apetito este ejercicio?

—Sí. Comería gustosamente.

Sentóse el corso, y, dominando su impaciencia, fue comiendo con lentitud.

—Otra cualidad a tu favor, Bruno Bronzo. Tienes dominio de ti mismo. Escucha. Caben dos posibilidades... Que yo me equivoque y tú sRas un criminal...

—En Cádiz así me creyeron. Me apodaban el “Taciturno”.

—Te cuadra el apodo. Para mí eres Bruno Bronzo, un hombre que cometió un acto del cual se arrepiente. Eres una primerísima espada... y puedes considerarte admitido en mi barco.

—Gracias, capitán Lezama.

—Llegarás a la costa bereber. Una vez allí, intenta reparar lo que te remuerde, o muere honrosamente.

—No preguntas siquiera cuál fue mi vil acción...

—A ti te pertenece el secreto. Yo no gusto de indagar en las vidas ajenas.

Púsose en pie Bruno Bronzo. Desenvainó su puñal, que clavó en la mesa.

—En Córcega, capitán Lezama, hay un juramento que nunca se olvida.

Y, mientras hablaba, el corso apoyó la diestra tendida en la hoja vibrante aún.

—Por el caballero que en ti he hallado, juro demostrarte que hiciste bien en darme comida, acogida y cortesía.

—El tiempo nos demostrará si ambos tenemos razón... al confiar mutuamente. Puedes seguir cenando. Tengo que subir al puente. Zarparemos inmediatamente. ¿No tienes nada que recoger de tierra?

—Todo lo llevo conmigo, capitán Lezama.

En el puente, y ya el velero bogando hacia el estrecho, Carlos Lezama llamó a “Cien Chirlos”.

—El hombre que está en mi cámara se llama Bruno Bronzo y es corso. Que ninguno de vosotros se meta con él, porque... fue un caballero.

—Como tú ordenes, señor. Pero tiene rostro de juez...

—Quizá porque es juez de sí minino, cosa que pocos hombres saben ser. Y, hablando de otra cosa: triples turnos de vigilancia. Atravesar el estrecho tiene a veces sorpresas. Esta noche nadie duerme, hasta que no amanezca el nuevo día.

CAPÍTULO III

El Besitán y una noche en el oasis

Cuando los piratas de Sinau, el judío de Esmirna, regresaban de una expedición de rapiña y asolación por las costas europeas, encerraban a tos cautivos en los “baños”, que consistían en prisiones subterráneas.

Luego eran examinados por intérpretes que descubrían el nombre de cada prisionero, su país de origen y su oficio o profesión; si el cautivo tenía parientes ricos, se fijaba el precio del rescate y se le ponía aparte hasta que llegara el momento de efectuar el canje por oro.

A los otros se les llevaba hacia el Besitán, o mercado de esclavos, donde se les subastaba como si se tratase de ganado.

Generalmente los compraba un tratante que no hacía uso de ellos personalmente, sino que los alquilaba individual o colectivamente a algún otro. El que tenía por oficio la pluma se vendía a un mercader que necesitase un tenedor de libros; los que ofrecían recia contextura física iban a galeras o a servir de obreros manuales.

Algunos de estos esclavos eran tratados con la más diabólica crueldad; pero, fuera de las galeras y de las obras, el esclavista moro consideraba a su cautivo, no como a un ser a quien atormentar, aun cuando lo tuviera por infiel y lo llamara perro, sino como a un animal, al que, semejante al caballo, debía alimentar para que le produjese el mayor rendimiento posible.

La suerte de los prisioneros por rescatar variaba enormemente. Algunos de ellos, si eran artesanos expertos o profesionales, eran muy solicitados por los moros: especialmente los médicos eran tratados con gran respeto, aunque precisamente porque les eran

muy útiles los propietarios se resistían a permitir su rescate.

Otros se convertían al islamismo, escapando así, en teoría, a la esclavitud, pero quedaban para siempre fuera de la sociedad cristiana, viviendo la precaria existencia del renegado.

Estos renegados disfrutaban de cierta libertad y, a veces, llegaban a ocupar puestos importantes; otros, que en realidad procedían de la chusma de los puertos europeos, tomaban el turbante como simple medio de hacerse piratas.

La gran mayoría de los cautivos estaba destinada a una corta vida de intenso trabajo físico. Los moros eran constructores infatigables, y en todos los puertos bereberes se veían esclavos cristianos labrando piedras, haciendo excavaciones, construyendo casas, fuertes y desembarcaderos.

La suerte de las cautivas no es difícil de suponer. La gran mayoría desaparecía en los harenes, si eran jóvenes, y en las labores domésticas si eran viejas.

Pero el empleo incomparablemente más ominoso que se daba a un esclavo era el de galeras, suerte que corría el que no tuviera parientes ricos y no quisiera abjurar de su religión.

A un hombre a veces inacostumbrado a todo trabajo físico se le encadenaba a un remo, junto con otros cuatro o cinco desgraciados. Por alimento se le daban unas cuantas galletas saladas y un sorbo de pitanza aceitosa, y por bebida agua con vinagre y unas gotas de aceite, para que pudiera soportar un trabajo en todo momento superior a las fuerzas humanas.

Entre las dos filas de remadores corría un puente, a lo largo del cual marchaban dos contramaestres o cómitres con largos látigos en la mano, que dejaban caer sobre las espaldas desnudas de los cansados o perezosos.

Cuando los cautivos llegaban al Besitán, quedaban expuestos al mejor postor. Los precios eran varios; los esclavos mejor juagados eran los jóvenes de dientes sanos y miembros vigorosos.

Se examinaban particularmente sus manos; los qué tenían callos endurecidos en las palmas, eran destinados a trabajos rudos.

Pero se pagaban precios altos por aquellos que llevasen manos suaves y bien cuidadas, deduciendo que probablemente serían mercaderes o caballeros, y, por tanto, capaces de ofrecer un buen rescate.

En la región tunecina los mercados de esclavos eran tres, extendidos a lo largo de la faja montañosa que separaba a modo de barrera el litoral costero de la gran sabana desértica.

El más importante, a donde afluían beduinos del interior y mercaderes de todas las comarcas, era el instalado en las cercanías del oasis de Oued-Baiaéh.

Aunque legalmente la región tunecina, como las demás de la costa bereber, dependía del mandato del Gran Pachá, residente en Estambul, éste delegaba el mando de Bey en los hombres que a su entender habían contribuido más a sembrar el terror entre los infieles con sus acciones piráticas.

Pero los sucesivos Beyes duraban escasamente en su mandato delegado. Unos por muerte en sus expediciones, otros asesinados en conspiraciones, a las que era muy dado el sinuoso carácter de los bereberes, y otros recibían muerte por veneno y orden del propio Gran Pachá, celoso de que alguno de sus servidores obtuviera demasiado renombre.

En el caso de Sinau, el judío de Esmirna, éste habíase conferido a sí mismo el título de Bey de Túnez, cuando Murad Alí, el elegido entre los jenízaros de la guardia del Gran Pachá, recibió misteriosa muerte.

Unos pretendían en los zocos, que eran los centros de reunión y murmuración, que Murad Alí había sido muerto por el propio Sinau. Otros, pretendían que había muerto en duelo a manos del valiente Sidi Drists, el capitán de la guardia personal de Yag-Djema, el independiente tunecino residente en el castillo de Kalaat-es-Saam.

Aquel día, en el Besitán de Oued-Baiach, si bien, como siempre, la atención se concentraba en las hileras de cautivos expuestos a la venta, el comentario general versaba acerca de la actitud valiente del anciano Yag-Djeme, quien había manifestado su decidida voluntad de no acatar el pago de tributo a Sinau, el judío de Esmirna.

Se comentaba también la respuesta que los aguerridos tunecinos de la guardia personal de Yag-Djema dieron a los enviados de Sinau.

Cuando éstos reclamaron el pago del tributo, prudentemente distanciados de los muros dpi alto castillo, Ibis tunecinos de las almenas echaron por encima de los muros un perro muerto.

Tenía como simbolismo 1a. significación del mayor de los desprecios. Y los subyugados tunecinos restantes, que acataban forzosamente el yugo del pirata Sinau, aplaudían íntimamente la arrogante actitud del viejo Yag-Djema, aunque se guardaban muy bien de exteriorizarlo, puesto que no ignoraban que el judío de Esmirna destacaba numerosos escuchas que espiaban cuanto se hablaba acerca del hombre que a sí mismo se había nombrado Bey y poder supremo en la región tunecina.

Cuantas veces, en cualquier mercado de esclavos, aparecían desconocidos, los tunecinos intentaban averiguar la procedencia de aquéllos. Al no lograr obtener informes seguros, daban por cierto que se trataba de espías del judío de Esmirna.

Y esa fue la causa por la que el alto y atezado árabe que entró aquella mañana, montado en magnífico caballo alazán, en el Oued-Baiach, fuese objeto de recelosas miradas, aunque por su prestancia y la riqueza de su atavío y caballo, así como por la recta espada que llevaba, las opiniones dividiéronse en dos bandos: unos, que de oído a oído se susurraban que debía de tratarse de un espía de Sinau, y otros que denegaban tal suposición, afirmando que, sin duda alguna, se trataba de un jefe árabe de las lejanas montañas del Djebel.

El que era objeto de los comentarios paseó indolentemente su caballo alrededor de la franja arenosa que limitaba el vasto círculo del oasis. Sin apearse, detuvo las riendas, y,i efectuando el ritual saludo, llevóse la diestra a la frente, a los labios y al corazón, tendiéndola después.

El mercader, también en silencio, le ofreció una taza de humeante brebaje, que el desconocido sorbió lentamente.

—Sabores de pétalos de rosas del jardín de Alá hay en tu infusión, tunecino-dijo el desconocido en español.



...la atención se concentraba en las hileras de cautivos...

—Los del Dahar y todos los de los Bleds conocen la bondad de mi bebida, jinete —replicó gravemente el mercader.

—El que viene del gran desierto, gusta de refrescar sus labios con el cálido aroma de flores maceradas y hervidas.

—Si del Dahar vienes, seguramente te interesará comprar algunos esclavos... —insinuó el mercader, cumpliendo con uno de sus cometidos, que era indagar sin demostrarlo, para luego saciar la

curiosidad de los demás, con lo cual su comercio hacíase más fructífero.

—Los que veo me parecen poco fuertes.

—Depende de la labor para la que los precises.

—En mi Bled, el país de las. Altas Montañas, hay rocas que molestan el paso de mis caballos. Esos perros infieles podrán muy bien quitarlas del paso. Pero vine en mal día; los perros que allí aguardan quien los compre, sólo podrán ser comprados por ciegos que no vean al tener sus ojos obstruidos con la arenilla del Dahar.

El tono imperativo del desconocido y sus desdeñosos comentarios fueron convenciendo al mercader de que se hallaba ante un jefe árabe de la Djebel Alta.

—¿Viniste sin tu escolta, jefe? —inquirió, con servil sonrisa.

—Al alcance de mi grito está. Pero mi capa no puede rozarse con la de mis guardianes.

—Supongo que pagarás tributo a Sinau, el judío de Esmirna.

—Mucho preguntas, mercader, y yo, el hijo del caíd Zorreig, tengo por costumbre preguntar.

El vendedor hizo una profunda reverencia, cruzando ante su pechó los dos brazos. Era casi legendario el nombre ¿el caíd Zorreig, el español renegado, de misteriosa residencia en las Altas Montañas, y que al convertirse al islamismo había elegido el nombre de la serpiente que cerca de los manantiales se enrosca en las ramas de los tamarindos y desde allí se lanza sobre su descuidada presa, hincándole los agudos colmillos venenosos.

—Manda en tu humilde esclavo, hijo del caíd Zorreig.

—Mi nombre es Tagarga, y por capitán de las numerosas fuerzas del gran caíd Zorreig, mi padre, en todo el Dahar Norte temen al capitán Tagarga.

Carlos Lezama arrojó al suelo una moneda de oro, que fue prestamente recogida por el mercader, quien la besó antes de hacerla desaparecer en "la cinta de su turbante.

Alejóse el supuesto Tagarga, que era realmente el hijo del caíd renegado Zorreig, y de cuya personalidad valíase el Pirata Negro después de haber obtenido informes acerca del salvaje aislamiento en que vivían padre e hijo en las Altas Montañas.

Fingió examinar con atención las hileras de esclavos, deteniendo su caballo y adoptando una postura de orgulloso desdén.

No tardó en acercarse con grandes zalemas un cómitre, que había ido a informarse cautelosamente del mercader...

—Tu esclavo, capitán Tagarga, tu esclavo soy... Manda en mí. ¿Deseas que aparte algún perro? Son los mejores que salen de las calas de los barcos de Sinau.

—Si éstos son los mejores, regreso al Djebel.

—Mañana, mañana-dijo precipitadamente el cómitre —. Comprendo que éstos son indignos de ser comprados por ti. Pero no podía saber que Alá decidiría que hoy el Oued-Baiach se honraría con tu presencia, ¡oh, gran capitán Tagarga!

—Mañana he de volver, cómitre. Procura no defraudar mi deseo, porque, de lo contrario, trabarás conocimiento con la serpiente de mi látigo.

Lezama picó espuelas, alejándose del oasis, y en el Besitán se extendió pronto la voz de que el hijo del caíd Zorreig había llegado con sus “diablos de las montañas” a proveerse de material humano para unas magníficas obras emprendidas en el Alto Djebel.

* * *

Franqueada la linde, la zona levemente montañosa degeneraba en la inmensa planicie arenosa del Dahar tunecino.

Para un brioso caballo árabe, los jalonados oasis del desierto no suponían distancias agotadoras, y pronto el alazán del Pirata Negro alcanzó el pequeño oasis de Oued-el-Djerid, llamado así por la profusión de palmeras que la rodeaba.

Un fresco manantial brotaba de su centro, corriendo unos metros a modo de riachuelo para volver a hundirse en el seno de la tierra. Las palmeras brindaban sus jugosos dátiles, y por esto era aquel oasis muy frecuentado por las caravanas.

Pero los camelleros que se dirigían al paraje de Kalaat-es-Saam no hicieron alto en el delicioso oasis de Oued-el-Djerid.

Seguían tentadoras las esbeltas palmeras cargadas de frutos y el riachuelo cantaba su murmullo invitador, pero todo alrededor del oasis, medio centenar de caballos montados por inmóviles árabes de rostro velado por la espesa tela de los moradores de las Altas Montañas, imponían un secreto, pánico a los caminantes, quienes ¿chuchaban a sus camellos, alejándose rápidamente de los “diablos de las montañas”.

Obedeciendo las instrucciones recibidas, “Cien Chirlos”, velado

el rostro y cubierta la cabeza por el blanco tejido sujeto a la frente con la cinta ancha y azul de los pobladores de} Alto Djebel, observaba si sus compañeros mantenían la rígida inmovilidad del jinete árabe.

No variaron de actitud cuando un jinete, envuelto en los rojos ropajes que caracterizaban a los piratas de Sinau, el judío de Esmirna, vino a descabalgar en el centro del oasis, atando las riendas de su caballo al tronco de una palmera.

Y Bruno Bronzo arrodillóse junto al manantial para saciar su sed. Cuando el crepúsculo cayó, los piratas abandonaron con agrado sus posturas de jinete, para sentarse en el interior del oasis.

Sólo quedó un círculo de cinco centinelas, llevando sus monturas al paso alrededor del oasis en vigilancia permanente.

Al galope aproximóse un alazán, y, anunciado por un corto silbido, Carlos Lezama penetró en el recinto del oasis.

"Cien Chirlos" acudió con gran satisfacción a hacerse cargo de la montura de su jefe;

—¿Alguna novedad, guapetón?

—Nada ocurrió, señor. Como tú dijiste, los borricos montados encima de los camellos nos vieron los trapos y huyeron a todo tranco.

—No en balde eres ahora el jefe de Una banda de "diablos de la montaña".

Bruno Bronzo, al acercarse el Pirata Negro, destocóse el cubrecabezas rojo.

—Hace calor en este oasis, capitán Lezama.

Sentóse al otro lado del riachuelo, y encima de una pequeña alfombrilla de verde y raquítica hierba, el Pirata Negro. Observó con cierta dureza los rasgos atormentados del corso.

—Corrígeme si me equivoco, Bruno Bronzo. Cuando anclamos en la recóndita bahía donde esperan mi velero y "Piernas Largas" con el resto de mis hombres, bien claro te dije cuál era tu destino. Te aconsejé que si querías vivir algunos días tranquilamente, en espera de la gumía o el alfanje que cercené tu cabeza, matases a un pirata de Sinau, y te apoderases do su caballo y sus ropas.

—Ahí está el caballo y visto la ropa que me aconsejaste, capitán Lezama. Cumplí tu astuta treta, que por ahora me ha proporcionado algunos resultados favorables. He podido deambular por el puerto

de La Goleta y por las cercanías de Kalaat-es-Saam sin ser molestado.

—Me trae sin cuidado si te molestan o no, Bruno Bronzo. Cuando pisamos la arena de la bahía tunecina te especifiqué con total claridad que ya habías logrado lo que querías. Estabas en tierra bereber. Pero ya desde aquel momento y a partir de entonces nuestras rutas se bifurcaban. Tú persigue lo tuyo, que yo a lo mío voy. ¿Por qué viniste a este oasis?

—Seguí desde lejos a tus hombre» cuando se dirigían hacia acá en la medianoche última.

—¿Por qué razón?

—Tengo un deber que cumplir, capitán Lezama. Tarde o temprano hallaré la muerta que merezco. Pero... no sonrías, señor español, si descubro una pasajera debilidad sentimental.

—Es de noche, y el oasis es acariciado por la luna, Bruno Bronzo.

—Tuviste conmigo una noble actitud, y soy de un país donde, si no perdonamos las injurias, en cambio entregamos el brazo y el alma a quien sabe ser caballero... apte quien so presenta en pedigüeño. Tú estás corriendo el más grave de los peligros...

—Cuidado por el sendero donde te extravías, Bruno Bronzo... —advirtió, ceñudo, el Pirata Negro—. No me gusta que nadie se preocupe por mí.

—Poco tiempo llevo conociéndolo, capitán Lezama, pero sí el suficiente para que mis treinta años hayan sabido adivinar en ti el temple orgulloso del alma solitaria e incomprendida. No te moleste lo que quiero confesarte. Si tu barco zarpa triunfal, yo seguiré mi ruta. Pero si cualquier malaventura truncase tu bravo destino, será un imperativo para mí el vengar tu muerte.

—Lo cual no me devolverá la vida —sonrió Lezama—. Pero, concretemos, Bruno Bronzo; tú viniste a una misión. No simplemente a morir, sino a intentar reparar alguna cabezonada que cometiste. Yo vine a mi misión: averiguar el paradero de Sinau, el, judío de Esmirna, y rescatar a la niña de Málaga que responde al seráfico nombre de Ángeles de Amor. Si tú sigues mis pasos, ¿cómo demontres vas a cumplir con tu misión?

—Porque también yo resolveré mi crimen dando muerte a uno de los tres archipiratas bereberes.

—¡Ah! Distinta es la cosa. Arrímame este racimo de dátiles. Dicen que nada hay mejor para calmar la sed y el más voraz de los apetitos.

Procedió el Pirata Negro a comer golosamente el rico fruto. Al cabo de unos instantes, preguntó el corso:

—¿Considerarás indiscreto el que te pregunte cuáles son tus propósitos, capitán Lezama?

—Averiguar dónde tiene Sinau su fortaleza... y tratar de hallar el mejor camino para terminar con él y sus piratas.

—Algo he averiguado en mis correrías por el puerto de La Goleta. Corren rumores de que el bravo Yag-Djema, desde su castillo de Kalaat-es-Saam, ha desafiado a Sinau. Hay también el romance de amor, por lo cual todos los tunecinos, en secreto, admiran la actitud de Yag-Djema. Según parece, Sidi-Driss, su capitán, está enamorado de Cherb, la hija de Yag-Djema. Murad Alí, el antiguo Bey de Túnez, la pretendía de deshonestos amores, y corre también el rumor de que fue Sidi-Driss quien le mató en duelo. También se pretende que no sólo es por actitud de jefe venerado por los tunecinos y en defensa de su propia independencia por lo que Yag-Djema se niega a pagar el tributo, sino que es también porque Sinau ha jurado que Cherb le pertenecerá.

—Entonces, quizá ese bravo capitán llamado Sidi-Driss haga con Sinau lo que hizo con Murad Alí.

—El judío de Esmirna ha reforzado su guardia personal, temiendo lo mismo. He intentado también averiguar el nombre de cuantas cautivas estén en poder de Sinau, pero es labor, muy difícil. Por el ropaje que llevo, me miran con desconfianza.

—¿Por qué te interesa a, ti el averiguar el nombre de las cautivas de Sinau?

—Pronto es para que te lo confiese, capitán Lezama.

—Te he dicho ya en otra ocasión que tus asuntos secretos a ti sólo incumben. Y ahora, Bruno Bronzo, reconoce prácticamente la utilidad de estos# ropajes, que sirven de camastro y abrigan...

El Pirata Negro arropóse entre los amplios pliegues de su “bursous” y tendióse sobre la hierba.

Los centinelas montados alrededor del oasis seguían en su ronda. Los demás, formando otro círculo alejado, dormían tendidos encima de la arena.

Los caballos, reunidos de cinco en cinco por sus riendas atadas, relinchaban de vez en cuando, piafando al sentir en sus carnes la mordedura del frescor de la noche desértica.

En el centro del oasis, y junto al manantial, Bruno Bronzo y Carlos Lezama, tendidos, semejaban dormir.

En lo alto, la luna tenía una nítida blancura aureolada por miríadas de estrellas parpadeantes…

Las palmeras erguían sus esbeltas líneas, coronadas por los penachos que, al influjo de los rayos lunares, se vestían de plata y azul…

—¿Duermes, capitán Lezama? —preguntó en voz baja el corso.

Carlos Lezama, tendido a escasa distancia de Bruno Bronzo, continuó mirando al cielo, con los ojos abiertos…

—Si durmiese, me hubieses despertado, y no te lo habría agradecido.

—Perdóname, pero necesito hablar. Creo que estoy obligado a ello con el hombre que, como tú, se comportó conmigo tan caballerosamente, sin preguntarme quién era, ni de dónde venía, ni cuál era mi crimen.

—Me dijiste que te llamabas Bruno Bronzo, que eras corso y que habías cometido una acción de la que estabas arrepentido. Me bastó. No quiero saber más, ni me importa.

—Es que mi acción es horrenda. Una acción que debería tener un castigo bíblico y atraer la peste sobre mí, para que nadie se rozara conmigo. Es bella la noche, señor hidalgo español, y respira pureza el aire del desierto. Pureza… —y se quebró la voz del corso — la misma pureza que ella tenía… ¿No oíste nunca hablar de Julia de Groschetti?

—No.

—Era la hermosa más renombrada de toda Italia. Duquesa de Trajetto y condesa de Fondi. La más famosa belleza italiana por su honestidad y su inteligencia. No menos de doscientos poetas italianos han compuesto versos en su honor.

—No leo versos, y residí escasos días en Italia.

—El dibujo que sirve de blasón a su escudo es la flor de amor. Ella solía residir en Fondi…, cuando hacia allá me encaminé por una aciaga noche de tormenta en el cielo y en mi entendimiento.

—Esta no es noche de tormenta, ni en el cielo ni en tu

entendimiento. Olvida aquella noche... porque temo que si sigues hablando, quizá midamos nuestras espadas, pero en definitivo combate.

Como si no hubiera oído la advertencia, el corso prosiguió hablando:

—Debes saber, antes que continúe mi relato, quién soy. Nací hace treinta años, en Bastia, el puerto corso. Mi familia era la principal de .la ciudad. Recibí instrucción y cuanto un muchacho de buena cuna puede tener. Pero a los dieciocho años, muertos mis padres, y heredero de una gran fortuna, sentí deseos de ver mundo. Fui a Francia, y mi sala de esgrima, que puse como pretexto para relacionarme con la sociedad parisina, adquirió renombre. Recorrí los Países Bajos y más tarde Inglaterra, siempre montando en todas las capitales una sala de esgrima, frecuentada por la mejor sociedad. Más tarde regresé a Italia..., y en Roma la vi a ella por vez primera.

Permaneció unos instantes en silencio.

—Describirla es imposible, capitán Lezama. Reúne su belleza cualidades que no hay pluma ni palabra que puedan plasmar. Me enamoré, y solicité cortejarla. Gentilmente me dio a entender que no esperaba de ningún hombre la felicidad —, y también con la misma gentileza, evitando el herir mi susceptibilidad, me confesó riendo que esperaba un hombre dotado de tales virtudes, que difícilmente lo hallaría nunca... Aún la veo, como si estuviera presente el encanto de su presencia y la luz de su sonrisa. Se marchó a Roma...

—Aún estás a tiempo de callar.

—Empecé ya, capitán Lezama, y esta noche en el oasis será, si tú quieres, mi última. Fui a Fondi, donde sabía que ella residía, en un palacio propiedad suya. Escalé sus balcones y la' sorprendí durmiendo...

—Hermosa noche, corso. ¿La vas a estropear con tu sed de hablar?

—Óyeme hasta el final, capitán Lezama. Después, tú decidirás si debo ponerme en pie y desenvainar, o seguir mirando al cielo, rota el alma y deseoso de morir. Dormía ella como estoy seguro de que descansan los ángeles... Ninguna torpe e impura pasión podía inspirar. Sólo amor..., deseos de reverenciarla arrodillado. Venció

mi sangre corsa impetuosa, y, echando alrededor de su cabeza una capucha que al efecto llevaba, la rapté... .

—No sigas...

—Tenía fondeada en el varadero una lancha velera, y a tres hombres de mar a los que había pagado espléndidamente. Los forcejeos de ella me daban honda pesadumbre. Pero contaba con que, una vez —que llegásemos a mi ciudad natal, ella se apiadase de mí, que comprendiese mis torturas, que me perdonase y consintiese en ser mi esposa.

—Amores por la fuerza, nunca se consiguen de mujer honesta, corso, a menos de ser un rufián que merece mil muertes.

—Nací caballero, y si por una noche de extravío no supe comportarme como tal, te juro que cuando ya la lancha estaba adentrada en el mar y brillaban lejos las luces de la zona costera italiana, sentí la más profunda de las vergüenzas ante mi comportamiento. Iba a ordenar que virasen, y tenía bien decidido, una vez que de nuevo la dejase en su alcoba, arrodillarme y, o bien lograr su perdón, o matarme ante ella. Y entonces..., como si surgieran de la noche, dos naves turcas nos cerraron el, paso... Una turba de bereberes entró al abordaje. Maté a muchos y en el combate caí al agua... Vi como encadenaban a los tres marinos..., y a ella, a Julia de Groschetti, aun atada y encapuchada por mis propias manos, la subían a bordo de una de las naves. Se alejaron las dos embarcaciones..., y al amanecer siguiente un pescador me encontró sin sentido en una playa cercana a Fondi. La resaca, cruelmente, en irónica burla, me había dado la vida que yo para nada quería. Cuando reaccioné, gracias a los cuidados del pescador, intenté matarme cobardemente. Él lo evitó. Y comprendí que no debía yo morir así. Si Julia estaba en poder de los bereberes, no eran ellos, los piratas, los que tenían la culpa, sino yo.

—En efecto. Así es.

—No busco atenuantes a mi acción, que es la más vil y horrible que pueda cometer un ser humano. Pero supe, más tarde, que varias naves piratas habían hecho una incursión por Fondi y sus alrededores, poco después de que yo raptase a la duquesa de Trajetto.

—No te sirve de paliativo, Bruno Bronzo. Tú fuiste quien llevó a la que amabas al poder de los bereberes.

—Por eso me impuse un deber: morir intentando rescatarla. Antes, por mediación de un criado de mi casa, intenté averiguar quiénes eran los piratas de la expedición. Pero era tan reciente el ataque, que lo único que supieron decirme es que se trataba de naves que indicaban posiblemente una alianza temporal entre Sinau de Esmirna y Dragut, o tan sólo un fuerte ataque del más poderoso de ellos: el llamado "Drub el Diablo". Con sólo mi bolsa partí hacia Cádiz por tierra. Todo el resto de mi fortuna ha quedado en manos de un banquero de Fondi, quien tiene orden de pagar con ella el precio que pida el pirata que tenga en su poder a Julia de Groschetti. Pero yo con esto no me considero menos culpable. Y me pertenece intentar rescatarla personalmente o morir en el empeño.

—¿Y cuando ella quede libre...?

—También he de matarme. Nunca me perdonará ella..., y, aunque me perdonase..., ¡yo no me perdono!

El Pirata Negro aguardó unos instantes, y al ver que el corso mantenía silencio mirando hacia el cielo azul-negro tachonado de brillantes estrellas, dijo:

—Por el rapto no tienes perdón ni lo tendrás, Bruno Bronzo. Pero quien, como yo, de nadie puede ser juez, sólo puedo comentar a lo hombre. Tu última frase ha borrado de mis oídos lo que antes relataste. Tu actual empresa es digna de éxito, porque debes rescatarla. Después..., yo no impediré que tu mano cumpla con la muerte que te mereces. Pero nadie tampoco impedirá que en tu tumba coloque un epitafio que diga: "Nació caballero, cometió un error y supo morir como hombre".

—Gracias, capitán Lezama. ¡Es extraño!... A ti por vez primera be relatado mi crimen... Y no sé si es la noche en el oasis, o la pureza diáfana del aire, pero siento que una parte» del peso que gravita en mi alma, llenándola de sombras, ha desaparecido.

—Intenta dormir...

Ya no hablaron más ambos, pero media hora después el Pirata Negro saltaba en pie al oír la voz de un centinela:

—¡Ataque en círculo!

Corrió bacía su caballo, mientras todos los demás hacían lo mismo...

Iluminados por los rayos lunares, un centenar de jinetes, blandiendo alfanjes y lanzas, acudían a todo galope, cerrando el

círculo que se deducía habían iniciado leguas y leguas más allá…

Todos vestían idénticamente: amplios ropajes de violento color anaranjado. El color-divisa de las fuerzas do Sinau, el judío de Esmirna…

CAPITULO IV

Los conflictos de Diego Lucientes

Durante la travesía en que el bergantín navegaba hacia la isla canaria, Diego Lucientes agradecía la continua presencia de los dos cautivos rescatados: Algud Roneckin y Thomas Sweet.

Porque, si bien no por eso dejaba de subsistir el encanto de la presencia de Rosa Hoyos, el hecho de que eran dos más los comensales que compartían las horas del yantar, hacía infinitamente menos peligrosa para el inconstante y veleidoso estudiante la dulce atracción que emanaba dé la cándida doncella palmeña.

Fue para el madrileño un arduo esfuerzo el comportarse como un capitán de mar, y en muchas ocasiones, cuando el nórdico o el inglés le atosigaban con sus charlas, y Rosa Hoyos' bostezaba 'disimuladamente, retirándose con prontitud, Lucientes sentía deseos de encerrar a los dos rescatados y dedicarse por entero a servir de compañía a la muchacha.

Pero también recordaba las últimas palabras, del Pirata Negro, y entre ambos frenos logró que cuando el bergantín echó anclas en el puerto de Santa Cruz de la Palma, y, tras las efusiones entre Rosa Hoyos y sus familiares, él se despidiera de la prometida de Antonio Lecuona sin transparentar su íntima desazón.

Prometió ir a visitar a la familia Hoyos en Tacozarte, y desde la cubierta de su bergantín, cuando ya se hubo marchado Rosa Hoyos, aguardó la llegada de Gabrielle Lucientes y Carlos de Ferblanc.

Olvidó repentinamente a la delicada canaria cuando a lo lejos percibió las menudas siluetas de su hija y el hijo del Pirata Negro. Venían ambos asidos a las manos de Mary Dear, la ex pirata inglesa.

Y fue una loca carrera la que realizaron los dos niños, subiendo

a todo correr la pasarela del bergantín.

Gabrielle, llorando, riendo y gritando, quedó acunada en el brazo derecho del madrileño, que mientras recibía los húmedos besos de su hija, se olvidó por completo de todo, flotando en un éxtasis...

—¡Cosa buena tener una muñeca de carne como tú, Gaby! —sonrió, emocionado.

—¡Cosa buena tener un padre tan guapo como tú, papá! —replicó ella, también sonriendo en toda la anchura de su boca, y chispeantes los azules ojos heredados de su madre, la condesa de Civry.

Carlos de Ferblanc recorrió con la mirada la altura del madrileño. Se asió de su bota.

—¡Hola, "Medio Brazo"! —saludó, con voz grave.

—¡Hola, Carlos!... —y el pelirrojo madrileño aceptó el apretón dómanos del niño—. Supongo que habéis sido los dos buenos chicos duran...

—¡Mi padre! ¡Yo quiero ver a mi padre!; —gritó Carlos de Ferblanc.

—Tasca el freno, potrito... —sonrió Lucientes—. El señor Lezama me ha recomendado que te diga que no debes extrañar qué no haya? venido, porque os aguarda en la ciudad de Cádiz, un bello puerto español, adonde iremos inmediatamente.

—¿Zarpamos ya?

—Antes debo cumplir con deberes de cortesía, muchacho: saludar a la familia Hoyos, saber qué tal sigue el adelantado Antonio Lecuona...

—Murió de fiebres hace dos días, Diego-dijo la inglesa, acercándose.

—¡Hola, Mary!... Siempre tan bella, estatua que... ¡Repámpanos!... —exclamó de pronto Lucientes—. ¿Qué has dicho?

—Que el adelantado murió de fiebres malignas hace apenas cuarenta y ocho horas.

—Ahora comprendo la razón de la actitud encogida y poco natural de los padres de Sosa... ¡Córcholis!... ¡Pobre muchacho! ¡También es mala suerte! ¡Irse a morir tan estúpidamente cuando su amada venía a sus brazos!... En fin, allá cada cual con su destino. ¿Puedo invitarte a un refrigerio, Mary?

Carlos de Ferblanc, alejóse mohíno a pequeños pasos meditativos. Gabrielle, desde el cuello de su padre, preguntóle al oído:

—¿Voy con Carlos, papá? Está algo enfurruñado, y si jugamos o nos peleamos, se le pasará la nube...

Abandono a la niña Lucientes, y contempló como ella, corriendo, iba a enlazar su brazo al del robusto muchacho.

Mary Dear tocó al madrileño en el brazo, cuando se prolongó sil silencio.

—No quiero arrancarte del feliz arrobo con que miras a tu hija, Diego, porque es uno de los pocos sentimientos sin volubilidad que posee tu carácter de veleta; pero tengo que recordarte que me invitaste.

—Cierto..., y no dudo que tú, que no eres veleta, ardes en deseos de saber noticias del señor Lezama.

—Aquí le esperaba y aquí le aguardaré siempre.

—Mal hecho.

—Te conozco lo suficiente para saber que no habla en ti el despechado. Porque yo te quiero fraternalmente, Diego.

—Fraternalmente voy a hablarte, Mary. Siento lo que voy a decirte, porque no me agradan misiones de tal jaez. Cuando me despedí del señor Lezama, pronunció una frase... que no te quiero repetir. Pero hicimos los dos un pacto, y éste si puedo decírtelo.

Se dirigía Lucientes hacia la sala capitana, pero le detuvo por el antebrazo la inglesa.

—Viví muchos años a lo hombre, y tengo el temple acostumbrado a saber resistir. ¿Cuál fue la frase que pronunció Carlos?

—Él y yo hicimos un pacto. Confesó que tú eras..., mejor dicho, merecías vivir honestamente, y que quizá si hubiese sido hombre sólo, se habría casado contigo. Pero me hizo jurar que tampoco yo me casaría contigo, porque no me lo perdonaría. Que siguieses tú la ruta que el destino te imponga...

Irguió ella la cabeza con herida altivez. Pero, pasado el primer impulso furioso, dijo en voz baja:

—¿Aludió a que yo no podía ser una madre digna de tal nombre para su hijo?

—Verás, Mary... No precisamente... Lo que ocurre es que...

¡Diablos coronados! ¿Por qué hubimos de conocerte en Quelch?

Mary Dear tendió la diestra.

—¡Adiós, Diego! Ya he suplicado bastante…

—¿Dónde vas?

—No lo sé. Pero sí puedo jurarte que, por lo mucho que amé y amo a tu amigo… ¡qué se aparte de mi camino!

—Apártate tú del suyo, Mary… —aconsejó amistosamente el madrileño.— Comprendo tu reacción, pero…

—Tú siempre has sido bueno conmigo…

—Más lo fue él, que teniendo derecho sobrado a ahorcarte, no lo hizo. Seguro estoy de que, a no tener él su mayor orgullo cifrado en lograr que su hijo sea conde de Ferblanc en todos los aspectos, quizá tú…

—Adiós, Diego. Que halles quien comparta tu afán de amor.

—No te despidas así, Mary. Yo creía que vosotros, los británicos, poseíais cierto humorismo que paliaba la-s situaciones difíciles y enojosas.

La inglesa volvió la espalda y alejóse sin replicar. Poco después bajaba la pasarela, y su arrogante figura desapareció entre las callejuelas del puerto.

—¿Quién es tan bella mujer? —inquirió una voz al lado de Lucientes.

—¡Tate!…, que diría un amigo mío —replicó Lucientes mirando a Thomas Sweet, que era el autor de la pregunta—. ¿Os flechó la dama?

—Tanto, no diré. Pero cierto es que es bellísima.

—E inglesa por añadidura, Thomas Sweet. Se llama Mary Dear, y anduve enamorado de ella, pero me desdeñó. Probad vos suerte.

El inglés sonrió y Dirigióse también a la pasarela. La risa honda y bonachona de Algüd Soneckin estalló:

—¡Perderá el barco! —dijo—. Pero yo no perderé la ocasión de explorar la flora de esta tierra. No me interesan como flores más que las reales.

—Más flor es una mujer… Pero allá cada cual.

—¿Cuándo pensáis zarpar, capitán Lucientes?

—No tardaré más allá de cinco días. El tiempo preciso para reponer provisiones.

Al quedar a solas, Diego Lucientes encaminóse hacia donde

Ankou Kerbrat soportaba muy gustoso el pertinaz interrogatorio de Carlos de Ferblanc acerca del manejo del timón y las velas del bergantín.

—...mejor es el barco de mi padre —dijo el muchacho—. Más ágil y maniobrero, ¿verdad, “Medio Brazo”?

Por espacio de varias horas, Diego Lucientes sintióse recaer en la infancia, abandonándose a la delicia de sentirse un niño más entre dos niños.



Había anochecido, cuando una sombra deslizábase ladera arriba del monte que flanqueaba el puerto de Santa Cruz de la Palma, en su estribación oeste.

La silueta denotaba que quien se deslizaba con cautela, como aquel que no quiere ser visto, era un personaje portando en la diestra una linterna apagada.

Atravesó por entre la arboleda hasta coronar la cima, y allí, con extremos cuidados y cuando tuvo la certidumbre de que pasaba inadvertido para cualquier observador que desde tierra pudiera mirarle, procedió a encender bajo su capa la mecha de la linterna.

Agitándola al extremo del brazo describió con la linterna encendida varias aspas, que sumaron un total de siete.

Por otras siete veces alteró el sentido de las aspas luminosas, y con una última señal en forma de triángulo, ocultó de nuevo la linterna bajo su capa, apagándola.

Descendió el sendero que conducía a la desierta playa, en cuya cima había efectuado las señales, y poco después se acercó una lancha con los remos envueltos en trapos.

La conversación fue breve: —Mantened la nave alejada hasta que zarpe el manco español.

—Tu hermano te encomienda que cuando des la señal de ataque al puerto, procures que se halle lejos el bergantín del Tercio de los Aventureros —

—Para eso aguardo el momento en que zarpe. Y también conseguiré» puesta que ésta es mi misión, que las baterías del puerto queden inutilizadas. Volved a la nave. Y ya sabéis: Mantenedla lejos do toda mirada isleña.

La lancha reemprendió su silencioso remar, alejándose, y la silueta misteriosa fue aminorándose por la playa...

CAPITULO V

Kalaat-es-Saam

El oasis Oued-el-Djerid presentaba un curioso espectáculo, cuando el amenazador círculo de jinetes vestidos de rojo, flotantes las largas capas por la acción del impulso de su galope, inmovilizóse repentinamente a una ronca y gutural voz de mando.

Con la maestría clásica de los jinetes bereberes, todos a una, quedaron rígidos y expectantes, tras haber encabritado a sus monturas, obedeciendo al grito de imperioso mando.

Distanciábanse del anillo de palmeras unos treinta metros. En el oasis, los cincuenta piratas adoptaron rápidamente la misma, inmovilidad cuando, desfilando por entre ellos, el Pirata Negro los distribuyó empleando el habitual léxico de mar:

—¡Diez por bandas y otros tantos a proa y popa!

Cuando el “cuadro” quedó formado, los restantes diez se agruparon tras el Pirata Negro... “Cien Chirlos” y Bruno Bronzo permanecieron a ambos costados de Lezama, un poco rezagados.

Del anillo de turbantes y rojas capas destacóse un árabe de alta estatura, que al paso de su caballo fue aproximándose llevando tras él a una veintena de satélites.

Avanzó también el Pirata Negro unos pasos, obligando a su montura a estabilizarse, cuando se detuvo también el árabe del rojo turbante.

Empinóse el recién llegado sobre los estribos, imitándole el Pirata Negra

—Por mandato de Sinau, bey de Túnez, vengo a exigirte explicaciones de tu presencia en la tierra de Kalaat-es-Saam, hijo del caíd Zorreig.

—Soy del Djebel alto, y no tengo que darte explicaciones ni a ti

ni a tu bey. Que Tagarga, capitán de estas fuerzas, sólo debe explicaciones al gran caíd Zorreig.

—El acaudillar a estos diablos de las montañas te hace olvidar que estás en tierras lejanas de tu poderío. Esta es la región donde impera Sinau, el bey de Túnez.

—Este es el Dahar y sus oasis brindan acogida al caminante.

El árabe fue mirando con lentitud los grupos de jinetes de rostro velado, que habían desenvainado pesados sables de abordaje.

—Hay entre tus hombres un “capa roja” —dijo, señalando majestuosamente a Bruno Bronzo—. Exijo que le dejes en libertad de reunirse con nosotros.

El Pirata Negro ondeó la mano hacia Bruno Bronzo.

—Este hombre está conmigo, porque así es su voluntad. Y no admito exigencias de nadie, “capa roja”. Vine a Kalaat-es-Saam en busca de perros esclavos.

—¿Por qué te hiciste acompañar por tanto guerreros?

—Porque es mi costumbre. No pretenderás que sea yo quien maneje el látigo llevando hacia el Djebel a la turba de esclavos que adquiera en el Besitán.

Volvio de nuevo el árabe a mirar a los apiñados jinetes que defendían el —oasis.

—Sinau no quiere presencia de enemigos en sus tierras. Y vosotros sois gente de guerra que por donde vais sembráis la discordia, la muerte y la traición.

—Hablas con exceso, "capa roja”. Tagarga es mi nombre y la mordedura de esta serpiente no tiene bálsamo. No me irrites, porque tus acusaciones y tu actitud dominante no son las mejores cualidades para que pueda oírte sin dar la orden a mis diablos de que carguen contra vosotros. La muerte, la traición y la discordia son vuestras habituales armas de lucha. Estamos, pues, en igualdad de condiciones. Mandas en setenta hombres. Mando yo en cincuenta. Retírate y vuelve a decirle a Sinau que yo vine sin intención de pelear, pero si se presenta la ocasión mis hombres asolan, saquean e incendian con la misma facilidad que tú te arropas en tu capa roja.

—Desafiar el poder de Sinau es peligroso, capitán Tagarga.

—Sigue hablando y verás que también puede resultar peligroso el irritar a Tagarga,

—Mis hombres no han venido en disposición de pelear.

—¿No? Sin embargo, empezasteis el círculo de sitio, desde muy lejos, con preconcebido afán de impresionar a los que dormían pacíficamente en Oued-el-Djerid. Despertamos demasiado pronto... Unos segundos de tardanza y llevaríais triunfante y orgulloso mi cabeza a Sinau.

—Reemprende el regreso a tus montañas, capitán Tagarga. Regresa antes que puedas encontrar tu camino interceptado y tengas que pagar tributo a Sinau.

Miró hacia atrás el Pirata Negro, desenvainando su espada:

—¡Estad atentos a mi orden, diablos de las montañas! —gritó.

El árabe sentóse en la silla, perdiendo la altiva pose de arrogante dominio.

—Mira lo que haces, capitán Tagarga. Estáis encerrados en un anillo del cual no saldréis con vida. A fe que me llamo Ras-Siki, que mejor harás en no presentar combate. Vine tan sólo a exponerte el deseo de Sinau de que abandones sus tierras.

—Cuando su deseo coincida con el mío, me iré. Ahora vete tú con tus hombres.

Ras-Siki hizo retroceder hábilmente su caballo, sin perder de vista al Pirata Negro. Cuando la grupa de su montura trabó contacto con —los restantes caballos, levantó' una mano, bajándola con rapidez.

Una salvaje gritería estalló y todos a una los jinetes de las capas rojas se abalanzaron, en alto los alfanjes.

—¡Por andanada! —gritó el Pirata Negro, mientras espoleando su caballo lanzábase hacia adelante.

Sonora en la noche, propagó sus ecos por el desierto la descarga cerrada de las pistolas de los piratas...

Varias brechas amplias quedaren abiertas en el círculo de atacantes. Los primeros jinetes chocaron estrepitosamente con la primera avanzadilla formada por el Pirata Negro, “Cien Chirlos” y Bruno Bronzo.

Los alfanjes y los sables de abordaje chocaban furiosamente entre sí, pero los piratas se hallaban en su elemento propicio, y empleando su método combativo, mezcla de astucia y vigor, desjarretaban antes a los brutos, permaneciendo montados mientras sus corvos sables abatíanse con bestial fiereza...

Por espacio de diez minutos la pelea continuó con estridores metálicos, pero la segunda descarga de pistolas, efectuada por los diez piratas que en el centro del oasis habían vuelto a colocar cebos en sus armas de fuego, disgregó la unión de los “capas rojas”…

El Pirata Negro abrióse paso prodigando los tajos y mandobles hasta llegar hacia el lugar donde Ras-Siki permanecía a retaguardia, esperando el resultado del combate.

El enviado de Sinau, al ver avanzar hacia él al Pirata Negro, y juzgando perdido el combate, espoleó vigorosamente su montura.

Velozmente, su pequeño caballo árabe, al sentir el acicate de las largas y puntiagudas espuelas, emprendió un galope desenfrenado.

En alto su espada, el Pirata Negro lanzóse en su persecución. Envainó por el camino y, comprendiendo que Ras-Siki iba sacándole ventaja, acudió a la feroz artimaña de los caballistas panameños.

Inclinándose, mordió salvajemente los belfos de su caballo, el cual, enloquecido por el agudo dolor en su punto más sensible, emprendió un furioso galope…

Ras-Siki, viendo aproximarse al “diablo de la«montañas”, ladeóse en la silla, alzando su alfanje.

Pero el ataque no llegó por donde esperaba. El Pirata Negro le tomó cierta delantera y, con brusco tirón de riendas, consiguió que los flancos jadeantes de su caballo chocaran contra la encoladura del caballo montado por Ras-Siki.

Desprendióse de los estribos y, en salto lateral, quedó abrazado a la cintura del árabe, inmovilizándole los brazos…

Ambos hombres cayeron al suelo, dando varias vueltas en la arena, sujetos fuertemente entre sí.

Ras-Siki intentó liberarse del férreo abrazo, pero la rodilla del Pirata Negro golpeó sañudamente en su vientre, mientras, proyectando la frente hacia adelante, Carlos Lezama decidía a su favor la lucha…

Inerte, Ras-Siki desmadejó los tensos músculos y quedó boca arriba, sangrante la rota boca por él cabezazo que le había privado de sentido.

Con las riendas del caballo que, fiel a su amo, permanecía detenido junto al tendido cuerpo desmayado, el Pirata Negro maniató sólidamente al árabe, que cargó a la grupa de su propio caballo.

Montó, y reemprendió al trote el regreso al oasis.

"Cien Chirlos" avanzó, contraído el rostro por las múltiples arrugas que significaban su sonrisa de satisfacción.

—Cinco bajas, señor. Cinco bellacos que se dejaron cortar el cuello por los alfanjes. Pero no queda ni uno de ellos respirando. Lo he comprobado personalmente.

—Queda éste-y el Pirata Negro señaló al hombre arqueado en la grupa del caballo que montaba, atados bajo el vientre del bruto manos y tobillos —. Y ahora, obraréis como sepultureros. El oasis Oued-el-Djerid debe continuar siendo un círculo estético de palmeras alrededor de un arroyuelo cantarino. ¿Ves cómo viste Bruno Bronzo?

—Veo, señor-y el semblante del pirata se iluminó —. Quito a todos los vencidos sus ropas y las vestimos nosotros.

—Te vuelves inteligente, guapetón. ¿Qué más? —inquirió el Pirata. Negro, con sonrisa irónica y afectuosa.

Rascóse el pirata su enmarañada pelambre, descubierta en la lucha al rasgársele el cubrecabezas...

—Ya no sé más, señor. Tú eres el jefe.

—Hay proverbio mahometano que dice que si —Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. La montaña qué pienso escalar es Sinau, el judío de Esmirna. Vendrá a Kalaat-es-Saam, porque allí voy yo. Vosotros permaneceréis en espera mía aquí en el oasis.



Kalaat-es-Saam era un castillo roqueño, bien situado al margen del litoral tunecino.

Su posición en la cumbre de un conglomerado de rocas, le hacía ser envidiada por muchos de los sucesivos beys que se alternaron por orden de Constantinopla en el mandato de Túnez.

Yag-Djema, el anciano tunecino, perteneciente a noble familia, mantenía allí, entre las almenas de su castillo, una altiva independencia.

Para vivir en paz con el Gran Turco, pagaba su tributo a los beys nombrados por éste. Pero no quería reconocer la autoridad del pirata Si-nau, al cual odiaba intensamente, no sólo por su crueldad y porque esclavizaba al pueblo libre de la comarca tunecina, sino porque era un hecho conocido la declaración que Sinau había

verificado, manifestando que sería suya la bella Cherb, hija de Yag-Djema.

Celosamente avaros de la independencia que siempre había sido prebenda de los hereditarios del castillo de Kalaat-es-Saam, Yag-Djema consideró como la peor de las injurias la manifestación del endiosado pirata judío de Esmirna.

Mandó una permanente vigilancia a la playa, porque temía un ataque por mar de las dos naves piratas de Sinau. Y Sidi-Driss, el arrogante y bravo capitán de su guardia, tuvo que desistir de su arriesgado y decidido propósito de ir a los dominios de Sinau a, retarle en duelo a muerte, vencido por las conminaciones de Yag-Djema y las súplicas enternecidas de la bella Cherb.

Cherb, de delicado perfil aguileño y gruesos labios, cuya rojez destacaba en la morena tez, vivía momentos de inquietud porque presentía cercano el momento temido en que Sinau, con sus dos naves, viniera al asalto del castillo de Kalaat-es-Saam.

Bravos eran los cuarenta tunecinos que formaban la guardia del castillo. Sidi-Driss valía por diez hombres…, pero la hija de Yag-Djema, por más que esforzaba su imaginación hacia los buenos presagios, estimaba sensatamente imposible resistir al ataque del pirata de Esmirna.

Daba por seguro que Sinau celebraría su triunfal entrada en el castillo entre ruinas y escombros, y que sólo hallaría cadáveres.

Por eso, cuando al amanecer pascaba en compañía de Sidi-Driss por la alta terraza florida, con anchos jardines artificiales, Cherb ostentaba honda tristeza en el hermoso semblante.

Alto y hercúleo, Sidi-Driss, el respetuoso enamorado, acudió a las semblanzas para declarar sus sentimientos.

—El cielo tiene azul de gloria. Cherb, gacela reina. Tras la noche sombría amanece esplendorosamente la delicada suavidad de un soleado día.

—Temo por mi padre,.., y por ti, Sidi-Driss, león del Dahar. La hiena que acecha es traidora y posee la fuerza invencible de muchos chacales que le siguen.

—Alá es grande y no permitirá que en Kalaat-es-Saam impere un perro judío. ¿Por qué no me das tú autorización para que cercene la cabeza de la hiena que se atrevió a posar sus ojos en tu frágil esbeltez de pura fragancia?

—No irás, Sidi-Driss, impetuoso luchador. Si las almenas de este castillo han de derrumbarse sobre mí… me confortará el pensar que tú irás conmigo a un Edén próximo.

Sidi-Driss arrodillóse, y por espacio de varios minutos, su frente quedó apoyada en la mano de Cherb, la hija de Yag-Djema.

—¡Un “capa roja”! —Salmodió con grave tono un centinela ¿el castillo.

Levantóse Sidi-Driss y, olvidando su reciente felicidad, corrió a la almena más cercana.

En la explanada, ante la gran puerta del castillo, un jinete manteníase en pie sobre los estribos, levantando una mano. Vestía el “burnous” rojo y el cubrecabezas de los piratas de Sinau.

—¿Qué osadía es la tuya, “capa roja”, que vienes a desafiarnos? —airado Sidi-Driss—. ¿Dónde se ocultan los traidores piratas que te acompañan?



Kalaat-es-Saam era un castillo roquizo…

—Vengo solo. Quiero parlamentar con Yag-Djema-exclamó estentóreamente el Pirata Negro.

—Un perro muerto tiramos como tributo a tu tirano. ¡Vete!

—¿Tú quién eres, tunecino?

—Sidi-Driss, capitán de la guardia del castillo. No tengo por costumbre dar orden de matar a un hombre que viene al parecer solo, pero odio a Sinau y a sus capas rojas..,

—Yo no lo odio, pero lie de matarlo. Abre tu puerta, y déjame hablar ton Yag-Djema.

—¡Estratagema infantil¡ —gritó Sidi-Driss—. Cuando la puerta se abriera, tus ocultos piratas se lanzarían a invadir el recinto.

—Bien está que seas precavido, Sidi-Driss-gritó el Pirata Negro a la par que desmontaba —. Lanza una cuerda, y no creo que así puedas temer trampa de quien escalará solo tus altos muros.

Sidi-Driss, al ver que el jinete, a pie, se acercaba a la base de los roqueños muros del castillo, quedose pensativo.

—Si vienes con parlamento de Sinau, pierdes el tiempo.

—Vengo a hablar en mi propio nombre. ¿No te he manifestado que mi deseo es exterminar las fuerzas piratas de Sinau? Cuando Yag-Djema me oiga, tiempo habrá para que sepáis si os conviene mi proposición o he cometido una insensatez al c inflar en que son ciertos los informes que del castillo y su dueño he obtenido en el Besitán.

Sidi-Driss hizo una señal. Dos tunecinos vinieron y, tras una orden del capitán tunecino, volvieron poicando una larga escala de cuerda que lanzaron al vacío.

Admiró Sidi-Driss la fácil agilidad con que el “parlamentario” iba subiendo por la escala, apoyando apenas los pies es el muro,

Con la idiosincrasia propia de su carácter, Sidi-Driss, al quedar el Pirata Negro en pie ante él, retrocedió unos pasos, apoyada la diestra en la empuñadura de su gumía.

—Deja tus armas en el suelo, “capa roja” —dijo incisivamente.

—Ando con los pies, como con los dedos y viajo y visito con mis armas, Sidi-Driss-dijo sonriente el Pirata Negro.

—Yag-Djema es noble y bueno. No quiero que, siendo yo su capitán, pueda sufrir el menor percance. Los hombres de Sinau son falsos y traidores.

—Sí, lo son. Pero setenta de ellos han sido esta noche enterrados en el oasis de Oued-el-Djerid. Los maté con mis hombres cuando nos. quisieron atacar, y la ropa que visto pertenece a Ras-Siki, que

es mi prisionero.

Sidi-Driss miró con estupor al que le hablaba con tranquila entonación. Le vio inclinarse llevándose la mano a la frente, a los labios y al pecho...

Cherb, con serio semblante, oyó la repetición que de las palabras del visitante hizo Sidi-Driss.

—Hay un ardid, Sidi-Driss-dijo ella en tunecino —. No te fíes de las “capas rojas”. Pídele sus armas.

—Lo hice. Pero se niega. Habla el lenguaje de los puertos.

Cherb señaló, con imperativo ademán, la cintura del Pirata Negro —.

—Si tus intenciones son buenas, desconocido, entrega tus armas. Saldrás con vida si las cedes. Yo te lo afirmó.

Quitóse el Pirata Negro su pistola de] cinto, entregándola por el cañón a Cherb, que la recogió. Desenvainó la espada, siempre cuidadosamente vigilado por Sidi-Driss, y haciendo lo mismo con el puñal, colocó ambos aceros en las manos tendidas de la tunecina.

—Una mujer puede pedirme mis armas, Cherb

—¿Sabes quién soy?

—Oí hablar de tu romance de amor con el brioso Sidi-Driss"

—¡Ten la lengua¡ —exclamó airado Sidi-Driss.

—Tengo la lengua para anunciaros que si estoy aquí desarmado es porque sé que el anciano Yag-Djema con la nevada experiencia de sus cabellos, sabrá adivinar que soy tramposo mis enemigos, pero leal con quienes no tengo rencor. Yo vengo a ofrecer el medio de que Sinau y sus naves sean exterminadas.

—¿Por qué y en nombre de qué interés ofreces lo imposible?

—En mi propio interés. Pero el Azar quiere que vuestros interesas coincidan con los míos

Cherb miró al capitán tunecino, y éste desenvainó su gumía,

—Ven conmigo, enigmático desconocido. Te llevaré a la presencia de Yag-Djema.

CAPÍTULO VI

Ataque por sorpresa

Diego Lucientes ascendía sin gran entusiasmo por la ladera que conducía a la casa de la familia Hoyos.

Consideraba que era su deber el ir a presentar sus condolencias a la que, llegando tras un cautiverio, pensaba encontrarse con la felicidad y hallaba, en cambio, la tristeza de un noviazgo amoroso truncado por la guadaña de la Muerte.

La casa de los Hoyos tenía la airosa línea de las mansiones canarias, y sus balconadas de madera, con los visos de entrecruzada rejilla, rodeaban todas sus fachadas la mansión.

Diego Lucientes quitóse el tricornio cuando el padre de Rosa Hoyos salió a su encuentro.

—Buenos días, capitán Lucientes. Mi hija tendrá una gran satisfacción, dentro de su natural pena, al saber que habéis tenido la gentileza de molestaros en visitarnos. Contamos con vos como huésped por varios días.

—Muy agradecido, señor Hoyos, pero mi barco... y además en estas circunstancias...

—No admito una negativa, capitán. Vos liberasteis a mi hija del yugo bereber, y vos tenéis un renombre de caballerosidad que me hace enorgullecer al poder contar con vuestra permanencia es mi casa, que es enteramente vuestra.

—Pancho, no digas al capitán lo que es harto sabido-y la esposa de Francisco Hoyos aceptó complacida el beso que en su diestra depositó el aventurero —. Rosa está encamada capitán. Algo debilucha de resultas de las recientes emociones. Fue una gran tristeza la muerte de su prometido. ¿Queréis tener la bondad de seguirme?

—Vos me mandáis, señora.

Rosa Hoyos pe incorporó animada en el lecho, al ver entrar al madrileño, hacia .el que tendió las dos manos.

—¡Bienvenido, señor Lucientes! Temía que zarparais sin acordaros de que todos nosotros bendecimos vuestro nombre.

—Quedo emocionado por tales muestras de afecto, pero son excesivas, puesto que fue el capitán Lezama quien os libró de vuestra suerte.

—Vos, por voluntaria decisión, y no por querencias de fortuna, acudisteis a la tierra bereber.

—¿Querencias de fortuna en el capitán Lezama? No, mi linda Bosa; quien,, como yo, le conoce puede afirmar que al conde de Ferblanc, si bien desea la fortuna para su hijo, le trae sin cuidado para él mismo la comodidad del dinero. Tuvo mil ocasiones en que ser rico, y las despreció.

—¡Bien que vaciaron sus hombres los cofres de Mezzomorto!

—¡Y bien que este oro pasó a manos de los rescatados para que pudieran reunirse sin tardanza con los suyos! Os percibo levemente resentida contra el caballeroso hidalgo Lezama.

—¡Es un antipático amargado! Adusto, seco, duro de corazón...

Se detuvo ella al oír la carcajada del madrileño,

—¿Por qué os reís?

—Porque os habéis dejado influenciar por la primera impresión, amiga mía. Si hay posos de amargura en el gran corazón de Carlos Lezama, a ello tiene derecho; y, sin embargo, tiene el buen gusto de ostentar una clara sonrisa amable e indulgente.

—Vos siempre le defendéis...

—Por las veces que él salvó mi vida, y remedió mis errores. ¿Vuestros padres?

—Desean haceros los grandes honores-sonrió ella —. Vos seréis nuestro huésped por una semana...

—¡Oh, que no! —protestó Lucientes, sentándose a la cabecera de la cama en un escabel—. Tengo otra misión que cumplir...

—¿Por qué navegáis, si podríais vivir serenamente en el lugar que eligierais? A la vida inquieta del mar, oponed la intensa vida espiritual de un hogar feliz...

—¿Dónde está la heroína que me soporte?

Posa Hoyos ladeó la cabeza y sus grandes ojos no miraron a

Lucientes.

—No os hagáis más complicado de lo que sois, señor. He pensado mucho... en el capitán Lezama y en vos. He llegado a una conclusión: seréis plenamente felices cuando halléis la plenitud de compartir vuestro generoso espíritu con la elegida del alma.

—¡Posible! Pero si vivir con vaciedad es cosa que hastía, también el amar tiene sus complicaciones. Vos misma... perdonad...

—¿Antonio? —preguntó ella tristemente—. Yo... tenía por él un gran afecto... pero no era amor... Lloro su muerte como la de un buen amigo al que tenía gran cariño... Pero en esos dos días que han transcurrido, he comprendido que amar es algo muy distinto. Es pensar continuamente en alguien, desear verlo... oír su voz, y sentir que una dulce felicidad nos invade. Y pensar-ocultó ella el rostro en la almohada-que cuando el ser amado se ausenta, la sombría desesperación ahuyenta toda posibilidad de felicidad.

—No entiendo bien, Rosa. Si amabais a alguien, ¿por qué consentisteis en ser la prometida de Antonio Lecuona?

—Guando me prometí a él, a nadie amaba. Pué después...

El madrileño frunció el entrecejo. Dióse una palmada en el muslo.

—¡Recórcholis! ¿Después?... ¡Ya adivino! El capitán Lezama...

—¡No! —casi gritó ella—. ¿Queréis dejarme unos instantes sola? Me arde el rostro, y siento cierta fatiga...

El madrileño levantóse presuroso y solícito.

—¿Os aplico esencia en la frente? —inquirió torpemente.

—¡Gracias! Ya remediaré yo misma... Y venid dentro de media hora. Seguiremos hablando.

Salió el estudiante perplejo. Pensaba que, postrada entre blondas y encajes era más linda la figura de la juvenil palmeña.

En la sala le aguardaba Francisco Hoyos, quien le fue explicando las delicias de los típicos manjares isleños, y la suave melosidad de sus vinos.

Media hora después, encontróse Lucientes con una animosa muchacha que le apuntó risueña con un nacarado y diminuto índice:

—Vos estáis en peligro, señor Lucientes.

—No me llaméis tan pomposamente, Rosa. Mi nombre es Diego, y somos buenos amigos, ¿no es verdad?

—Lo deseo con toda el alma... Diego. Sentaos y os aclararé las razones por las que creo que estáis en peligro. Santa Cruz y Tacozarte son pueblos qr.e no tienen muchas ocupaciones. El rumor abunda y pronto se averiguan las cosas. Dicen que la inglesa Mary Dear está enamorada de vos.

—¿De mí? —y el divertido madrileño rió a mandíbula batiente —. ¡Gran error! Ella está enamorada del capitán Lezama...

—Dicen que aguardaba ansiosamente vuestro regreso.

—Aguardaba al capitán Lezama. Miradme, bien: ¿vos creéis que yo pueda enamorar?

—¡Sí..., podéis! Sois bueno, alegre, amable y valiente.

—Os agradezco esta buena opinión. Me compensa de otras opiniones que sustentan la teoría de que soy poetastro, borrachín y jugador.

—El hombre perfecto no existe.

—¿Sabéis que...? En fin, hablemos de otra cosa. Acabo de comer un plato excelente compuesto de...

—¿Es cierto que no amáis a Mary Dear?

—Estuve enamorado de ella, pero no me gusta estrellarme contra obstáculos. Para mí, ella se ha esfumado ya en la niebla. Y puesto que me honráis con vuestro interés, ¿os puedo preguntar de quién estáis vos enamorada?

—Es pregunta que no puedo contestar...

Francisco Hoyos y su esposa entraron en la alcoba, acompañados de un muchacho de corta edad. Los tres ostentaban rostros sobresaltados...

—¡Graves noticias, capitán Lucientes! —exclamó Francisco Hoyos.

—¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Se hundió mi barco? ¿Se dañó mi hija?

—¡No, no, aquietáos! Este muchacho es Colás, el pastor de la finca de los Machado. Anoche cobijaba el ganado, cuando percibió en la cima del monte, cercano a donde estaba, una linterna que describía señales misteriosas. Después vio descender hacia la playa a un sujeto alto y fuerte que estuvo hablando con los ocupantes de una lancha que manejaban remos envueltos en trapos. Y recordando que el ataque por sorpresa del bereber “Mezzomorto”, fue precedido por otras señales que un espía renegado hizo desde tierra, os he buscado a vos, capitán Lucientes.

—¿Señales y una lancha? Ven acá, Colás.

El madrileño apoyó la diestra en el hombro del zagalejo.

—¿Cómo era ese individuo de la linterna? —preguntó.

—Muy alto y grandote, mi capitán. Rubio... No es de la isla.

—¿Eh? Estarás equivocado, muchacho. ¿Llevaba en bandolera un saco colgando a su espalda?

—¡Sí!

—¡Pero si ese es Algüd Roneckin, un nórdico bonachón, que colecciona flores y guijarros de todos los rincones del universo! Un loco pacífico. Además, era un cautivo que... ¡Be-pámpanos!

Acababa de recordar un fragmento de conversación sostenida con Thomas Sweet y el sueco Roneckin en Cádiz.

“...no estáis avezados a las trampas de que rebosan los mares africanos. Los piratas bereberes estiman que si no tienen espías en las tierras que piensan saquear, la labor es difícil. Sin ayuda posible desde tierra, las correrías son arriesgadas. Y por e' —o emplean un ardid: mezclan— entre lo3 cautivos a algún renegado. Y así pueden ejercer su labor de espionaje...

—Escucha, Colás: No digas nada a nadie. Yo arreglaré eso a mi modo, —¿Trampas a mí? Confíen en que nada ocurrirá. Voy a someter al amigo sueco a una estrecha y discreta vigilancia.

* * *

Algüd Roneckin mientras almorzaba intentó sonsacar un dato que le interesaba. Pero supo valerse de rodeos hábiles, ayudado por su aspecto de gigantón campechano.

—Perderás tu barco, Thomas-dijo al guapo inglés —. ¡Macho paseas con la bella paisana!

Con la reserva propia de su nacionalidad, .Sweet limitóse a sonreír, haciendo un evasivo ademán.

—Mary Dear es digna de que por ella se pierdan muchos barcos-comentó Lucientes —. Además, vos, amigo Róneckin, sois insensible a toda hermosura que no sea la de un cardo florido o una piedra con aristas raras, ¿no?

—Tal es mi profesión. Lo que lamento es que, si bien el suelo palmeño es muy rico en ejemplares desconocidos, vos os iréis pronto, y me veré privado de vuestra compañía. ¿Zarpáis mañana?

—He decidido anticipar mi viaje. Zarparé a media tarde-dijo descuidadamente el madrileño; pero por entre sus párpados

entrecerrados, percibió la luz del interés repentino que iluminó los azules ojos del sueco.

—¡Es una lástima! —dijo Thomas Sweet—. Siempre os recordaré con gran amistad, capitán Lucientes.

—Recíproca. Y vos, Roneckin, ¿me echaréis de .menos?

—¡Qué duda cabe! Gracias a vuestra ayuda, soy hombre libre.

—Procurad, pues, que no os vuelvan a apresar, porque los mares africanos son peligrosos.

Siguió la comida en amena conversación. Poco después, excusóse Lucientes y entró en la cabina de Ankou Kerbrat, su segundo, quien al verle se puso en pie, respetuosamente.

Zarparemos a las cinco, Ankou. Simularás llevar a pasear a los dos niños, y los dejarás en casa de la familia Hoyos. Les dices que pasaré, al amanecer a buscarlos. A la caída de la noche, destacarás una lancha sin luces... Forzosamente ha de rondar por la cercanía una nave o varias naves piratas. Y he recordado una lección del capitán Lezama: “Si alguien quiere atacar por sorpresa, atácale tú y le sorprenderás enormemente si tinges no haberte dado cuenta”.

CAPITULO VII

Sinau, el judío de Esmirna

Yag-Djema tenía una prestancia majestuosa, y la luenga barba blanca destacaba la cobriza tez arrugada donde ardían dos ojos negros de penetrante intensidad.

En la sala adornada de panoplias y tapices en los muros, y mullidos los suelos por la profusión de pieles de león, entraron Sidi-Driss, Cherb, y el Pirata Negro.

La mano del anciano se crispó al examinar la roja capa del visitante. Habló por espacio de varios minutos con su bija y el capitán tunecino. Después, sentándose de nuevo en el sofá, asió el largo tubo enroscado .de su "narghilé".

—¿Cuál es tu nombre, audaz jinete de perfil de ave de presa?

—Simulé ser Tagarga, el hijo del caíd Zorreig. Quien soy en realidad no cuenta en el momento en que estamos. Sé que tú, Yag-Djema, nunca has comprado esclavos, y sé que los moradores de Kalaat-es-Saanl te reverencian porque eres justo, bondadoso y humano. Hay nieve de altas montañas en tu cabello. Tus ojos saben leer en los rostros. ¿Tengo acaso semblante de desleal para aquellos a los cuales elogio?

—Vistes capa roja.

—Que desvestí a uno de los muertos que anoche quedaron en el oasis de Oued-el-Djerid. Vinieron setenta llevando al frente a Ras-Siki, y creyéndome Tagarga con sus "diablos de las montañas", me exigió Ras-Siki que abandonara el Dahar. Su propósito era, si yo creía en sus palabras, atacarnos cuando nos confiásemos. Me exigió tributó... Y no tenía a mano un perro muerto.

Yag-Djema no sonrió, pero exhaló una amplia bocanada de humo aromado.

—Sigue, hombre del mar.

—Hombre de mar soy, en efecto, una nave velera tengo anclada cerca de este litoral donde tu castillo se refleja en las aguas, valiente y retador. Como te decía, matamos a los perros criminales de Sinau. Ahorráis cincuenta hombres llevan ropas semejantes al mío. Están en el oasis de Óued-el-Djerid. He venido para que sepas que si tú odias a Sinau, no habrá paz en Kalaat-es-Saam mientras tu hija exista y Sinau la codicie yo no odio a Sinau; pero cuando lo haya exterminado, a él y a sus do naves, me sentiré dispuesto a volver de nuevo a surcar los mares africano con cierta alegría, de guerrero que h sabido vencer por la astucia y la fuerza a astuciosos traidores sin lealtad

—¿Qué otra recompensa persigues

—Mucho oro cuando logre libera una cautiva de Sinau.

—Sigue, aguilucho temerario. ¿Qué te propones?

—Si un mensajero llévase unas líneas a Sinau, afirmándole incontestablemente que no sólo Tagarga y su cincuenta diablos de las montañas están enterrados en el oasis, sino que además, el castillo de Kalaat-es-Saam ostenta en sus muros los cadáveres de sus defensores, y que los "capas rojas" dominan sus almenas, ¿qué ocurriría?

Yag-Djema acaricióse lenta y gravemente la barba, y durante un largo momento estuvo mirando en silencio el rostro del Pirata Negro, que mantuvo sin insolencia su mirada fija e.. la del viejo tunecino.

—Los defensores del castillo, merced a Alá, están vivos.

—Pero hay cadáveres en el oasis que, traídos aquí y amarrados en tus almenas semidesnudas, adornarían magníficamente el castillo.

—¿Quieres que tus cincuenta piratas entren también en mi castillo?

—No .es preciso. Bastaría con que tus hombres revistieran sus rojos ropajes, y abierta la gran puerta, los hombres de Sinau entrarían al ataque por sorpresa... y los sorprendidos serían ellos.

—Los piratas de Sinau suman dos tripulaciones. Menos los setenta que afirman haber vencido, quedan aún ciento setenta hombres y dos naves. Porque Sinau vendría a anclarlas frente a mis muros.

—Eso es lo que quiero. Y entonces mi velero le cogerá en una tenaza de fuego que no se puede suponer, ni tú tampoco,

—¿La carta?

—La tengo. Amablemente la ha escrito esta madrugada Ras-Siki. Ha quedado algo fatigado por el esfuerzo, pero tengo la. carta..

—¿El mensajero?

—Yo.

—Tu audacia es inconcebible o tu trampa está bien urdida para entregarme a Sinau! —exclamó Yag-Djema.

—De las dos cosas una: la primera.

—¿Por qué, si eres enemigo, como pretendes, de Sinau, vas a introducirte en la guarida del judío criminal?

—Recuerda que mi fortuna depende de que libere a una cautiva. No me basta aniquilar a Sinau. Debo encontrar a una cristiana, una niña por la que percibiré una cuantiosa fortuna.

—Sinau es un zorro pérfido. Tú podrías ser su mejor discípulo.

—Cuando juego al zorro, no necesito maestros. Aprendí a serlo en el Caribe y podría, por tanto, sentar cátedra en los mares africanos.

—Puedes también pretender dominar en la región de Túnez, una vez que quedemos vencidos yo y Sinau merced a tu hábil estratagema, que a los dos nos puede engañar.

—Yo he visto hombres que suspendidos por el cuello y sintiendo la muerte próxima, habrían apoyado los pies en un leño ardiente. Náufragos que a pique de hundirse para siempre en la tumba líquida, se habrían asido frenéticos a la hoja cortante de un cuchillo.

—Comprendo la alegoría, elocuente desconocido. Yo sé que está cercana la luna en que Sinau intente lograr su vil propósito de reinar en mi castillo y humillar a Cherb. Este castillo le daría un apoyo invencible para sus expediciones. En tu voz no hay vacilaciones, pero es tan pródiga en astucias la mente de Sinau, que no creo que salgas con vida de aquí, porque me oculta el recelo.

—Libre eres de recelar. Si a tu castillo vine voluntariamente, fue porque, ayudándote a ti, me ayudaba yo.

Cherb avanzó, tendiendo en haz las armas que antes le había entregado el Pirata Negro.

—Confío en ti, hombre blanco-dijo con decisión convincente.

Sidi-Driss y el viejo árabe fingieron no percatarse de la oculta intención de Cherb, que al entregar las armas quería ver si el audaz desconocido intentaba atacar para abrirse paso.

El Pirata Negro rió en breve carcajada, denegando con la cabeza.

—Yo te las di, Cherb, también voluntariamente, y porque eras mujer, Si las quisiera o sintiera necesidad de ellas, ya te las pediría. Por el mismo camino que vine, puedo irme, también. Al pisar mi planta las arenas de los cimientos de esos muros, puedes si quieres, Sidi-Driss, tirar mis armas desde lo alto.

—¿No pensaste que entrar te sería más posible que salir? —inquirió, ceñudo, Sidi-Driss.

—Lo que pensé es que Yag-Djema, tu jefe, sabría adivinar que yo soy también un jefe. Cinco de mis piratas murieron en el combate del oasis. Con los que me quedan sabré vencer a Sinau. Pero con tu castillo como señuelo, habríamos evitado muertes in útiles.

—¿Qué muertes?

—Las de algunos de mis hombres y las de vosotros tres-y el Pirata Negro señaló a Yag-Djema, Cherb y Sidi-Driss —. Sin contar vuestros guardianes. Y hasta ahora he hablado frente a frente, allí van mis espaldas ahora, por si no queréis que salga en vida de aquí. También os advierto que cuando doy la espalda es porque considero que dejo detrás de mi hombres valientes dignos de ese nombre.

E1 pirata Negro dio la vuelta y dirigióse con paso elástico pero sin apresuramiento, hacia el umbral de la sala.

—Aguarda, capitán Astucia-resonó gravemente la voz' de Yag-Djema.

—En mi castillo no se mata a traición a los audaces que demuestran su valentía temeraria. ¿Qué arras me das de que tu palabra es leal?

—No doy arras ni rehenes, Yag-Djema. Cuando hablo sin que me sirva la palabra para disfrazar mi pensamiento, basta con ella como garantía.

—¿Qué recompensa me pides por tu ayuda?

—Ninguna. Tú eres un robusto puente en el sendero en que debo tropezarme con Sinau. No quiero recompensa de ti, porque recíprocamente aunque por distintos motivos, perseguimos tú y yo el mismo fin: Liberar la comarca tunecina de la peste pirata judío y sus criminales.

—¿Quieres mostrarme la carta que dices que escribió Ras-Siki?

El Pirata Negro extrajo un trozo de tela roja en la que con una as tilla ennegrecida al fuego se habían trazado arabescos.

Cogió Yag-Djema el girón de la capa de Kas-Siki...

—¿Leíste lo que aquí dice?

—Desconozco el árabe,

—¿Cómo sabes entonces lo que aquí dice?

El Pirata Negro rió alegremente,

—No sé lo que dice. Pero recomendé a Ras-Siki que no me jugase una broma pesada, porque de antes de que Sinau leyera este mensaje, lo leería un árabe que mereciera completa confianza. Le fui dictando lo que quise que escribiera.

—¿Cómo sabes que cumplió tu dictado?

—Le juré que con mis propias manos le desollaría vivo, empapándolo en sal, para después atarlo a la copa de una palmera, exponiéndolo a la ardorosa caricia del sol para que se secara y se convirtiera en una momia. Entiendo algo de hombres y creo que le convencí.

Yag-Djema leyó en voz alta el corto mensaje:

“Rsis-Siki te anuncia que venció al capitán Tagarga y a sus hombres. Mando mensajero argelino renegado, con prueba. Ras-Siki te anuncia' que se apoderó del castillo de Yag-Djema. Las pruebas están en sus .almenas. Aguardo tus órdenes en el castillo de Kalaat-es-Saam, jefe Sinau.”

—¿Cuál es la prueba primera? —inquirió Yag-Djema

—Los cinco cadáveres de mis hombres, que a lomos de dos caballos me acompañarán a los dominios de Sinau.

—Tu tez es obscura, pero es obra del sol, capitán Astucia,

—Por eso soy un mensajero argelino renegado, y el turbante y la capa roja me hacen ser uno más de los continuamente renovados piratas de Sinau, que son enrolados por el propio Ras-Siki.

Levantóse Yag-Djema y, acercándose, apoyó las dos manos en los hombros del Pirata Negro.

—Que la suerte te sea propicia, capitán Astucia. Confío en ti.

—Nos será propicia, Yag-Djema. Que Sidi-Driss cumpla lo que un mensajero que yo mande le dirá en el momento oportuno.

—¿Cómo sabré que es mensajero tuyo?

—Dirá que viene de orden del capitán Astucia, apelativo con que

me ha honrado Yag-Djema.

* * *

Sinau, el judío de Esmirna, era enclenque y enfermizo, pero suplía su carencia de fuerzas físicas con una mente propicia a toda ingeniosa crueldad.

Hijo de ricos mercaderes, dilapidó la fortuna heredada, y con los restos adquirió dos naves, contratando a la hez y la escoria de los criminales de los puertos del Egeo.

Envanecido por varias incursiones triunfales, fraguó la muerte de Murad-Alí, el bey de Túnez, y en espera del "plácet" del Gran Pachá de Constantinopla, se nombró a sí mismo Bey de Túnez.

Pero una espina le acuciaba en su camino de sangrientas y triunfales rapiñas: aplastar la altiva independencia de Yag-Djema que se negaba a reconocer su autoridad.

Era su propósito actual el apoderarse del castillo de Kalaat-es-Saam y hacer de Cherb su concubina.

Aguardaba para acometer por tierra y mar el reducto roqueño de Kalaat-es-Saam, a que regresase Ras-Siki del Dahar, cumplida la misión que le encomendó de exigir tributo a Tagarga y amedrentarle obligándole a abandonar la zona tunecina.

En la bahía equidistante de Túnez y Kalaat-es-Saam, donde anclaban las dos naves piratas, alzábanse las coloridas lonas de las tiendas en que acampaban los jinetes de Sinau.

Como exteriorización simbólica de su poderío, Sinau ocupaba un baldaquín endoselado, y las grandes franjas amarillas y rojas de las lonas reverberaban los rayos solares espolvoreando de oro el amontonamiento de pieles sobre las que sustentábase el sillón de cuero en el que Sinau se sentaba.

Cubría sus endebles miembros con una malla de tupida redecilla de acero colocada encima del rojo terciopelo que vestía, y su turbante rojo se arrollaba alrededor de un casquete de hierro rematado en aguda punta.

Unos redobles de atabal congregaron a los jinetes que salieron de sus tiendas de campaña y, asiendo a sus caballos por las riendas, permanecieron en pie con el regatón de la larga lanza hincado en la arena.

Los tripulantes de las dos naves acudieron a las bordas, alzados en alto los alfanjes.

El sol, en su cénit, arrancaba destellos de los aceros y hacía aún más incandescentes los rojos colores de las capas y turbantes...

Era el momento ritual en que al mediodía se invocaba el favor de los dioses para Sinau, el nuevo bey de Túnez...

Sinau recibió solemnemente la expresión de la fidelidad de los “capas rojas”. De pronto contrajo las pupilas y su mirada maligna se posó en un punto lejano.

Y todas las miradas convergieron en la extraña caravana que iba acercándose.

Fue netamente visible la silueta de un jinete, cuyo atezado rostro resaltaba entre los rojos pliegues de la capa y la tela del turbante.

Tras él, conducía por las riendas a dos caballos entre los que, en parihuelas moras, aparecían cinco cuerpos humanos vistiendo las blancas telas y la cinta azul de los “diablos de las montañas” del Alto Djebel.

El jinete se apeó ante el baldaquín donde en pie, con los brazos cruzados, Sinau le observaba atentamente.

Avanzó y, tras saludar al estilo oriental, tendió un trozo de tela.

—Ras-Siki humilla su cerviz ante ti, ¡oh, gran Sinau!, por mediación de éste tu esclavo argelino.

Sinau pronunció en árabe, unas palabras. Un turco avanzó arrancando de manos del Pirata Negro el trozo de tela, que arrodillándose, entregó al judío de Esmirna.

Sinau leyó, y un leve temblor apareció en su.; labios al finalizar la lectura.

Dio otra orden en árabe... y un círculo de lanzas dirigiendo sus aceradas puntas hacia el cuerpo del Pirata Negro, le rodeó por todas partes.

CAPITULO VIII

Una noche accidentada

Al caer el crepúsculo, Sven Roneckin mandó que no se encendiera linterna alguna a bordo de su nave. Pirata vikingo independiente, Sven Roneckin había alguna que otra vez colaborado con los piratas berebere».

Cuando recibió el mensaje de su hermano Algüd notificándole que hacía rumbo a Santa Cruz de la Palma gracias a la imprudencia de un aventurero español que le creía un naturalista cautivo, Sven Roneckin siguió la estela del bergantín.

Y había llegado el momento en que Algüd, cumpliendo su objetivo, le mandaba aviso de que el bergantín había zarpado a media tarde, por lo que al anochecer el ataque a Santa Cruz de la Palma daría fructíferos resultados, ya que la guarnición que defendía la isla era escasísima.

La pesada nave nórdica se puso en movimiento hacia la playa desierta donde debían desembarcar la mitad de su tripulación, que dirigiéndose por tierra hacia la capital, entraría al saqueo cuando los cañones del barco empezaran a disparar contra la ciudad.

Una lancha lejana fue vislumbrada en la obscuridad por los piratas suecos, pero dieron por seguro que se trataba de unos pescadores isleños que iban a sus tareas.

* * *

Diego Lucientes había llevado a la práctica una de las lecciones del Pirata Negro.

El bergantín, tras navegar en dirección opuesta a la isla, cuando estuvo fuera de toda observación, viró en redondo, y entrando por distinto rumbo al de partida, vino a recalar en la caleta cercana al puerto.

Ankou Kerbrat distribuyó a los artilleros tras las piezas, mientras Diego Lucientes, al frente de ochenta tripulantes, dirigióse hacia la playa de donde Algüd Roneckin mandaba sus mensajes.

Y permanecieron al acecho, ocultos entre el boscaje....

* * *

La nave nórdica no echó anclas, pero arrió velas para permitir que las lanchas de desembarco fueran cargadas con los marinos piratas que debían completar desde tierra la labor de la nave.

Cuando la última lancha se hubo separado del costado de la nave, ésta emprendió lentamente el camino hacia el puerto de la capital.

En la playa se agrupó un centenar de piratas vikingos, formando en tres grupos, delante los cuales se colocaron los respectivos contramaestres.

Pero sobresaltáronse cuando inesperadamente resonó una horrísona deflagración.

Las baterías del bergantín descargaban en andanada contra el barco, que se acercaba cautelosamente en su pretensión de atacar por sorpresa.

El estallido coincidió con una intensa luminosidad de llamaradas que envolvieron al barco nórdico, sacudido de lleno por los impactos de los proyectiles.

Los hombres, agrupados en la playa, moviéronse hacia delante, acuciados por los gritos de encorajinamiento de sus contramaestres.

Desenvainaron, sobresaltados de nuevo, cuando los bretones, dirigidos por Diego Lucientes salieron al descubierto lanzando como grito de ataque su mística invocación a su patrona Santa Ana.

Trabóse en la obscuridad el feroz combate, en el que Diego Lucientes, manejando con su habitual habilidad la espada, trataba de hallar rastro de Algüd Roneckin.

Lo percibió acercándose a pasos apresurados desde la montaña, por el sendero de descenso.

En el mar, la nave nórdica aureolada por las llamas, daba de banda escorando sobre un costado.

En su quilla negruzca, puesta al descubierto, los artilleros de Ankou Kerbrat repiquetearon con nuevos impactos que culminaron el destrozo causado por el repentino ataque.

Algüd Roneckin, sudoroso y jadeante, vio llegar hacia él al

manco pelirrojo, quien esgrimiendo su espada, reía con la burlona carcajada del que ha triunfado sobre el que pensó traicionarle.

El sueco desenvainó, trabando furiosamente su acero contra el del madrileño.

—Hacerse el sueco es fácil, Algüd Roneckin —dijo Lucientes mientras iba parando las sucesivas e impetuosas estocadas el fuerte nórdico.

Los piratas vikingos y los bretones luchaban ya cuerpo a cuerpo, y las descargas de las pistolas eran ya inútiles, dada la proximidad de ambos bandos contendientes.

Algüd Roneckin fue retrocediendo al comprobar que el acero de su adversario iba a vencerle... y por unos instantes desvió la mirada...

Uno de los piratas, huyendo de la acometida de los bretones, venía corriendo, en alto su corta espada de ancha hoja...

Diego Lucientes tendióse a fondo, apartando la espada del sueco. A la vez que le perforaba el pecho, sintió en su frente una repentina quemazón.

El que huía habíale asestado un brutal tajo destinado a cercenarle la garganta; pero, alcanzado a su vez por un disparo bretón, su pulso perdió firmeza, y la cortante hoja, en vez de herir la garganta de Lucientes, penetró en su frente.

Algüd Roneckin cayó de espaldas, muerto.

Encima do él, perdido el sentido, quedó Diego Lucientes...

El combate iba finalizando. En el mar, el bergantín ancló junto a los restos que iban hundiéndose de la nave que, pretendiendo atacar por sorpresa y partir hacia las costas bereberes con cautivos para el Resitán, había hallado su merecido castigo.

En la playa, los bretones supervivientes fueron recogiendo los heridos y rematando a los piratas nórdicos...

* * *

Diego Lucientes, en la inconsciencia semiamodorrada en que se hallaba, trataba de luchar con nubes algodonosas que invadían su cerebro.

Fue precisando, más que mental, sensorialmente, que se encontraba tendido encima de blandos soportes, que tanto podían ser las arenas de la playa como un lecho.

Oyó unos agudos grititos, y creyó sonreír, aunque su rostro para

quienes le miraban seguía conservando una impasibilidad de mortal lividez.

Pensaba que estaba sonriendo, porque sí aquello era estar muerto, no resultaba desagradable, aunque hubiese preferido que Gabrielle, en vez de llorar chillonamente, cantase con alegría...

Oyó susurro de voces, y de pronto aunque fue incapaz de hacer el menor movimiento, pareció como si en sus oídos una mano mágica acabase de apartar un espeso muro, permitiéndole oír con perfecta claridad el diálogo susurrado al borde del lecho.

—¡No llores, Gaby! —decía Rosa Hoyos, que mantenía entre sus brazos a la hija de Diego Lucientes.

—¡Bien que lloras tú! —berreó Gabrielle—. Mi padre tiene sangre en la frente. ¡Malo! ¡Malo quien le ha hecho daño!

—No es nada, hijita-murmuraba la voz llorosa de Bosa Hoyos —. Está ya curado, y pronto despertará. Pero hemos de dejarle dormir para que descanse. Ven, te llevaré a tu camita, y tu padre vendrá él mismo a besarte cuando haya dormido.

Lucientes oyó los pasos qué se alejaban, y quiso incorporarse. Pero seguía inerte, privado de sentido físico...

Poco después, percibió la voz queda de la esposa de Francisco Hoyos.

—¿Es grave, Pancho?

—No-replicaba el marido —. Además, estos caballeros tienen carnes acostumbradas a recibir heridas que a los demás nos matarían. Dejémosle reposar. Con unos cuantos días de cama, quedará restablecido.

Se alejaron los pasos y Lucientes forjó mentalmente una serie de imprecaciones que no brotaron de su garganta, aunque él creyó que eran claramente audibles:

—¡Repámpanos, que no soy cadáver ni mucho menos, señores! Lo que ocurre es que, por más esfuerzos que hago, no consigo moverme. Me arde la frente, ¡córcholis! Denme un buen trago y se me pasará. Creo que deben de haberme cortado algún nervio ¡maldito sea!...

Percibió como si un oleaje ladease su lecho. Oyó unos tenues sollozos y adivinó más que vio a la figura arrodillada que hundía su cabeza junto a su pecho.

El aroma fragante de los cabellos de Rosa Hoyos acarició su

olfato, y sonrió.

Pero Rosa Hoyos, al mirarle, sólo veía un rostro mortalmente lívido y un cuerpo absolutamente inmóvil.

—Diego... —oyó el ex-estudiante—. ¡Por lo que más quieras, háblame!

—Tu voz me resucita-creyó decir el madrileño.

—... que te oiga, y cesaré de llorar. Revive, sigue, si tal es tu deseo, tu ruta vagabunda, pero vive, Diego... No habrás nunca de saber la vergüenza que tuve cuando creí que supiste adivinar que el hombre que me enamoró fuiste tú...

—¿Eh? ¡Repite esa melodía! —gritó Lucientes...

—... Cuando sanes, volverás a tu existencia de aventura. Y cuando mueras, mi corazón lo sabrá y dejará de latir. Diego... he soñado que seríamos felices viviendo el uno para el otro. Tu hija me quiere y la quiero, porque es reflejo de tu carácter...

—Dame tu mano, Rosa. Percibir su aleteo me compensará de muchos sinsabores y de vacua trayectoria de bala perdida que aspira a mucho y no sabía que en ti lo hallaría...

Pero las palabras que pronunciaba Diego Lucientes quedaban muda en su garganta.

—He imaginado-siguió diciendo ella como en un rezo-que juntos los dos olvidaríamos que existen otros seres humanos. Juntos siempre, nuestra sed de ternura... ¡Gaby!

Volvióse a ladear el lecho, y oyéronse unos diminutos repiqueteos. Gabrielle lanzábase a los brazos de Rosa Hoyos, gritando:

—¡No puedo ni quiero dormir! Quiero que mi padre me bese...

—Está durmiendo, Gaby.

—Tú le hablabas.

—Pero él no puedo oírme.

—¿Qué le decías?

—No debes ser curiosona. Es feo.

—Peo o no feo, quiero que me digas lo que hablabas. ¿No dices que me quieres tanto como yo te quiero?

—Pues... decía a Diego que tú eras un encanto...

—¡Mentirosa! Te oí decir que si siempre juntos y mucha sed de ternura... Eso ¿qué es?

—¡Repámpanos! —y Diego Lucientes incorporóse en el lecho,

dirigiendo hacia su hija, que se hallaba en brazos de Rosa Hoyos, un índice amenazador—. ¡Sois una impertinente, damisela!

Cayó de nuevo hacia atrás, no tan sólo agotado por el esfuerzo con el que acababa de recuperar su completo sentido, sino porque encima de él, besuqueándole furiosamente, estaba Gabrielle.

—¡Malo! —chillaba la niña—. ¡Malo, que me diste un sustazo de los de miedo grande!

—Fue sin querer, hijita-y Diego Lucientes atrajo hacia sus labios las cándidas mejillas infantiles —. Y ahora, hijita, ¿irás a la cainita, preciosa que eres?

—Pero después vendrás con mamita Rosa a arroparme.

—Iré con...mamita Rosa a arroparte.

Rosa Hoyos, encendido el semblante, inclinóse para recoger a la niña. Instantes después, regresaba.

Halló al madrileño sentado en la cama, con su única mano apoyada en el vendaje que rodeaba su frente herida.

—Sólo me faltaba eso-rezongó Lucientes —. Un golpe en la cabeza... en el momento más serio e importante de mi vida.

—¿Decís, Diego?

—¿Queréis sentaros cerca de mí? Veros me produce alivio y mi fiebre desaparece.

—Habéis salvado a la isla del ataque pirata, Diego. Por las calles no se oye más nombre que el vuestro.

—Escuchad... mamita Rosa... Yo dispongo de muchas palabras... pero ahora no las encuentro... Perdonadme si soy brusco... ¿Queréis cerrar los ojos? Quizás así me atreva a hablaros...

Ella cerró dócilmente los ojos. Su mano quedó aprisionada en la diestra del madrileño.

—Soy poca cosa, Rosa. Un hombre que cometió muchos escores, pero sin mala fe. Un hombre deseoso de regeneración... Eso... bueno, te amé desde que te vi, porque representabas la Imagen pura de la mujer que anhelo por esposa. Comprendo que este ataque es algo piratesco, Rosa. Pero... mientras permanezco por fuerza en tu casa... ¿pensarás si es para ti mucho sacrificio el esposar a un hombre como yo?

Rosa Hoyos se levantó, siempre cerrados los ojos. Sonreía, iluminado el rostro por una felicidad sin igual...

—¿No deliras, Diego?

—¡Llámalo delirio de amor! —gritó el manco pelirrojo—. ¿Quieres ser mi esposa?

Y a los besos que en su diestra recibía, replicó Rosa Hoyos, inclinando la cabeza y posando sus labios en la curtida mejilla del aventurero:

—¡Soy feliz, Diego…!

CAPITULO IX

La emboscada

El círculo de aceradas puntas rodeaba prietamente al Pirata Negro, mientras Sinau, tras asestar en el suelo cubierto de pieles, un taconazo iracundo, miró con torva sonrisa al prisionero.

—¡Serás decapitado, argelino! —exclamó.

—Tus deseos respeto-dijo el Pirata Negro, cruzando los brazos, pero procurando que sus manos descendieran ocultamente baria sus armas —. ¿En qué, sin proponérmelo, he podido incurrir en tu descontento? Dígnate calmar mi apesadumbrada tristeza, ¡oh, gran Sinau!

—¿Cómo te atreviste a ser portador de tal mensaje?

—Cumplo órdenes de mi capitán Ras-Siki, ¡oh, gran Sinau!

—No eran cadáveres de diablos de las montañas los que debiste traerme sino a Yag-Djema, Sidi-Driss y a la per-lá del castillo, ¡miserable perro!

—Ras-Siki aseguró que tu magnanimidad se contentaría placenteramente al entrar en. el castillo, cuyas puertas abiertas te llevarían ante los condenados perros que tuvieron la osadía de ofender tu altura de Bey poderoso. Pero si inconscientemente he sido culpable, ¡oh, gran Sinau! mándame decapitar, que moriré sumisamente.

Sinau, examinó complacido al argelino que sabía reconocer su poderosa denominación, Además, las noticias leídas le daban una gran euforia, pasado el primer instante de furiosa impaciencia.

—¿Cuál es tu nombre, argelino?

—Mohamed Alí, tu humilde esclavo.

El judío de Esmirna gritó unas palabras en árabe y las puntas de las lanzas fueron abatidas, separándose los bereberes.

—Entierra tú mismo a esos cadáveres, Mohamed Alí. Y da gracias al poderoso Alá, de que te perdone.

Inclinóse el Pirata Negro, y cuando hubo terminado la labor que cumplió concienzudamente, acercóse de nuevo al baldaquín, obedeciendo a una imperiosa orden de Sinau, que agitó .la mano en su dirección.

—¿Por qué Ras-Siki, cuando exterminó a Tagarga y sus diablos, no vino directamente hacia aquí?

—Ideó una estratagema magnífica, digna de ti, que eres su amo e inspirador. Sabedor da que el perro insolente de Sidi-Driss mantenía amistosas relaciones con el muerto Tagarga, mandó que todos nosotros por unos momentos revistiéramos las ropas de los vencidos diablos.

—Muy bien ideado-aprobó el judío de Esmirna —. No en balde, Ras-Siki ha recibido de mí enseñanzas provechosas.

—Invocando continuamente tu nombre, oh, gran Sinau, llegamos delante de las puertas del castillo, que nos fueron abiertas. El perro insolente de, Sidi-Driss creyó recibir a Tagarga y sus hombres. Fue ya cuestión de bravura, apoderarnos del castillo. E inmediatamente, Ras-Siki se prosternó invocando tu excelsa grandeza. Después arrancó un girón de su capa, escribió, y me ordenó que recogiendo cinco cadáveres de los vencidos en el Oasis de Oued-el-Djerid, viniera a inclinarme ante ti, y deslumbrarme ante tu magnificencia, honrándome con ser portador de tan gratas nuevas.

—Medrarás, Mohamed Alí. Eres bravo .y hablas adecuadamente. ¿Cómo quedó la presa codiciada? Aludo a Cherb, la tímida flor del Dahar.

—Sumisa y encadenada, gime llorosa.

Frotóse las manos el judío de Esmirna.

—Todo Túnez sabrá que a mí, nadie me puede ofender sin recibir el merecido castigo. Voy a recompensarte, Mohamed Alí, por haber sido portador de gratas noticias. Vete a bordo y ordena por mi voz, que zarpen las dos naves hacia la bahía roqueña ante los muros del castillo. Que todo Kalaat-es-Saam aprenda a murmurar mi nombre con unción y respetuoso temor. Después irás a los “baños” subterráneos, y ordenarás que se dispongan a trasladar a los cautivos al castillo.

En los “baños”, cuya oculta entrada le señaló un pirata bereber, buscó el Pirata Negro al que ocupaba el sitial de cómitre principal.

Los “baños” eran un vastísimo sótano dividido en dos compartimentos donde se alojaban separadamente hombres y mujeres.

El cómitre principal, un argelino de torso desnudo y grandes bigotes lacios aceitosos, —luciente el cráneo rapado, oyó al Pirata Negro atentamente.

—¿Quién eres tú que no te conozco?

—Mohamed Alí, del Bled Douar. El nuevo segundo del capitán Ras-Siki. Vengo del castillo de Kalaat-es-Saam, tras apoderarnos de él.

—Felices nuevas, Mohamed Alí-y el argelino verdadero rió groseramente. Tiempo ha que no restallo mi látigo. Ya procuraré que esos perros anden deprisa por el litoral. Me complace pensar que de ahora en adelante viviré en el castillo de Kalaat-es-Saam.

—Habrá grandes rescates entre esa turba-dijo con indiferencia el Pirata Negro.

—De todo hay. Vete a lo tuyo, Mohamed Alí. Que tengo trabajo que me espera. En el castillo hablaremos cuanto quieras.

Regresó el Pirata Negro ante el baldaquín de Sinau. Las tiendas iban siendo desmontadas, y con diestra presteza los bereberes arrojaban las lonas, colocándolas a las grupas de sus nerviosos caballos.

Sinau descendió de su pedestal montando en un caballo enjaezado que vino a traerle un bereber.

—Monta, Mohamed Alí. Ardo en deseos de tomar posesión del castillo que me pertenece como Rey de Túnez.

Disciplinadamente los jinetes formaron en escuadrón de siete de frente, en diez hileras. A retaguardia colocóse el judío de Esmirna, quien empinándose en los estribos, lanzó una gutural exclamación.

A una todos los jinetes, emprendieron el galope por el litoral...

El Pirata Negro cabalgaba tras Sinau, el judío de Esmirna...

Sidi-Driss, impaciente, aguardó a que por el muro escalase el hombre que, tras lanzar el grito de “¡Capitán Astucia!”, había asido 1a, escalera de cuerda lanzada desde lo alto de las almenas del castillo.

—Me envía mi jefe, Sidi-Driss. Yo tengo por nombre

“Carnecruda”.

—Habla.

—Debes recoger los cadáveres desenterrados de los bereberes de Sinau. Atarlos visiblemente en tus almenas. Abrirás tus puertas cuando lleguen los jinetes de Sinau.

—¿Y vosotros?

—Aguardaremos a que lleguen, para atacarles por retaguardia. Tus hombres dirigidos por ti, y nosotros acaudillados por “Cien Chirlos”, el lugarteniente de mi jefe, completaremos la matanza.

—¿Y las naves?

—De ellas se encargará “Piernas Largas”, el segundo de mar, que aquí cerca anda apostado con el velero. Tiene orden de hundir una, y tomar intacta al abordaje la otra.

—¿Por qué?

—Creo que en ella piensa mi jefe dar albergue a los cautivos rescatados.

—¿Dónde está tu jefe?

—Sigue de muy cerca los pasos de Sinau. Y tenemos espías a lo largo del litoral. Tienen por misión rescatar a los cautivos, porque en ello hay mucho oro a ganar.

—Dijo tu jefe que nos daría capas rojas para que mis hombres desde las almenas inspirasen confianza al perro judío.

—Con los cuerpos muertos las recibirás. Y ahora cumplida la orden recibida, me voy.

—Tu jefe es español y tú también.

—Quizás. Esta es la respuesta que me ha ordenado te diera mi jefe.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—Capitán porque es el mejor de los capitanes y Astucia porque a la bravura más inaudita une inteligencia que yo no poseo.

Inclinóse Sidi-Driss.

—Que la suerte os sea siempre propicia, bravos españoles.

* * *

La cabalgata se detuvo cuando al extremo del sendero del litoral, perfiláronse los altos muros del castillo roqueño.

Hizo la señal de alto Sinau, quien se dispuso a arengar a sus fuerzas.

Señaló con la diestra tendida los muros del castillo en el que al

crepúsculo percibíanse cuerpos semidesnudos amarrados a ras almenas.

—El castillo de Kalaat-es-Saam es mío, y cuando mis naves anclen en la bahía, procederemos a tomar posesión de la fortaleza que mi bravo capitán Ras-Siki ha ocupado gracias a mis instrucciones sabias y bien meditadas.

A lo lejos, las anchas velas turcas dibujaron en el mar sus blancos triángulos…

Los bereberes inmóviles a caballo, apoyando los regatones de sus lanzas en el suelo, aguardaron a que las dos naves bamboleándose pesadamente, quedaran visibles en los últimos fulgores del sol en su ocaso.

Y entonces Sinau, con impaciente gritó, dio la orden de avanzar.

Cuando los caballos primeros entraban por el puente que formaba la gran puerta abierta, estalló un atronador estampido.

Se encabritaron algunos caballos, pronto refrenados por los hábiles jinetes bereberes.

—¡Ataque del Dahar! —gritó Sinau.

Del cercano boscaje una cincuentena de jinetes avanzó impetuosamente. El estampido procedía de una doble fuente: en el mar, un velero, apareciendo de pronto, abría fuego contra una nave de Sinau.

Y los jinetes que avanzaban al ataque lanzaban barriles que, mezclando la metralla de hierros retorcidos, los guijarros y la pólvora, estallaban entre las filas de bereberes, causando un indominable pánico…

Sinau acudía a todas partes, gritando rabiosamente, pero la avalancha de capas rojas, que desde el interior del castillo arrojó sus lanzas contra los bereberes, complementó la labor de desconcierto que el inesperado ataque ejerció entre los piratas bereberes.

Una mano férrea aprisionó por el cuello al enclenque judío, levantándolo en vilo y arrancándolo de su montura.

Y Sinau, en el colmo del rabioso estupor, vio ante el suyo el rostro del supuesto Mohamed Alí, que, riendo, le decía;

—¿No querías apresar a Cherb?… Anda por ella, que allí se acerca el alfanje que te cierra el paso.

El brusco empujón del Pirata Negro hizo caer al suelo al

vanidoso y cruel Bey de Túnez...

Acercábase Sidi-Driss, radiante el rostro. Propinó un puntapié al caído judío.

—En pie Sinau-dijo mordazmente —. Tienes un alfanje y te concedo el derecho de usarlo.

El combate fue breve, y cuando la cabeza de Sinau rodó por la arena, ya el Pirata Negro contemplaba como la única nave turca que quedaba a flote era tomada al abordaje por sus piratas, dirigidos por “Piernas Largas”.

En las puertas del castillo, los tunecinos iban amontonando los cuerpos de los hombres del vencido Sinau.

✲ ✲ ✲

Yag-Djema, al ver entrar al Pirata Negro, avanzó a su encuentro, seguido de Cherb, su hija.

Correspondió a sus zalemas e inclinaciones Carlos Lezama.

—Quiero saber tu nombre, Capitán Astucia. Porque deseo que todo Kalaat-es-Saam conozca el nombre de su protector.

—Tú eres el protector de esta región y así ha de seguir siendo.

—No me guardes rencor si primero desconfié de ti.

—No guardo nunca rencor a nadie, anciano Yag-Djema. Me llamo Carlos Lezama.

—Bendiga Alá tu descendencia, capitán Carlos Lezama. Eres un gran jefe, audaz y noble.

Sidi-Driss, junto a Cherb, vio como el Pirata Negro avanzaba hacia ellos dos.

—Mis hombres abandonan ya el castillo, que sigue siendo vuestro, Sidi-Driss. Si algún día la luna sonríe, sabré, me halle donde me halle, que vuestro romance ha tenido el epílogo que os deseo.

Yag-Djema acercóse y, cogiendo la diestra de Sidi-Driss, la colocó apretadamente contra la diestra de Cherb.

Y sobre ambas manos juntas, colocó la suya, estrechando la diestra del Pirata Negro.

—Siempre tu nombre será venerado en este castillo, capitán Lezama. Y si algún día la luna se entristece, y deseas reposar rodeado de sincera amistad, acude a mi castillo, que se vestirá de gala para recibirte.

Inclinóse el Pirata Negro, y procedía a marcharse, cuando el

viejo tunecino le detuvo, aplicando una mano en su hombro.

—¿Has oído, hablar de Haroun-el-Raschid?

—Creo que fue el gran Sultán de África, el hombre más-poderoso y que atesoró más oro del nunca soñado.

—Sí. Y en los oueds salados del Dahar brota el mar, recordando que en sus subterráneos existieron las grutas en las que Haroun-el-Raschid amontonó su tesoro. Hay un pozo mágico cuya misteriosa situación es ignorada. Yo quiero recompensarte, valiente amigo mío. Toma este amuleto. Sus signos cabalísticos sabrán leerlos los nómadas del Dahar. Y serás inmensamente rico cuando, gracias a este amuleto, consigas entrar en el Pozo Mágico. Yo no quiero más riqueza que la felicidad de mi bija, la sucesión de Sidi-Driss y mi castillo independiente.

Cogió el Pirata Negro el extraño objeto que le tendía el viejo tunecino y lo guardó en su cinto.

Volvióse a inclinar, y poco después, despedido .desde las almenas por Yag-Djema, Sidi-Driss y Cherb, emprendía el galope hacia la bahía.

EPILOGO

Bruno Bronzo sentía una ansiedad sin límites, mientras, al frente de diez piratas, aguardaba para cumplimentar las instrucciones recibidas del Pirata Negro.

Ocultos en un oasis del litoral, tenían por misión salir al paso de los cómitres que conducían a los cautivos.

Su temperamento de corso, mezcla de frías cóleras y decisiones y de ardorosos ímpetus momentáneos, le hizo enardecer de cólera al observar la crueldad con la que los odio cómitres a caballo latigueaban los hombros de los últimos cautivos que cerraban la triste comitiva, para obligarles a andar más de prisa.

Frente a la cincuentena de cautivos iban, mujeres...

No quiso Bruno Bronzo examinar los rostros de las mujeres prisioneras... Dio una breve orden, y los once jinetes irrumpieron a todo galope, descargando sus pistolas, enfundándolas rápidamente, y desenvainando sus sables de abordaje.

La espada de Bruno Bronzo fue prodigando mortales estocadas... Los cautivos agrupáronse entre sus cadenas, abatiendo desconsolados la cabeza. Las capas rojas les indicaban que cambiaban de carcelero, pero no de cárcel.

Todos a una irguieron las desconsoladas frentes a] oír la inesperada frase del que, desmontando, avanzaba hasta detenerse ante ellos.

—¿Hay entre vosotros una señora llamada Julia de Groschetti, duquesa de Trajetto y condesa de Fondi?

Un cautivo de altivo porte y anchas espaldas replicó:

—Tarde has llegado, renegado español. Sinau vendió a la cautiva de que hablas a Dragut, el mahometano de Rodas.

Bruno Bronzo pasóse la mano por el rostro, como si quisiera

recuperar el dominio de sus contraídas y atormentadas facciones.

—¿Qué tiempo hace? —preguntó.

—Escasamente dos meses.

—¡Triste es mi sino! —lamentóse el corso—. Pero al menos en este instante me queda la ventura de poderos anunciar que, gracias al capitán Carlos Lezama, conde de Ferblanc, cuyas órdenes cumplo, quedáis todos rescatados.

A lo lejos resonaron hondos estampidos...,

—El capitán Lezama está exterminando a Sinau y sus fuerzas, cautivos —exclamó el corso—. ¡Quitadles las cadenas!

* * *

Fue una muchedumbre enloquecida la que llegó basta la bahía donde, agrupados, estaban los hombres del Pirata Negro y la nave turca apresada.

Bruno Bronzo salió adelante hasta llegar a la altura del montado Pirata Negro.

—Si algún día la luna sonríe...

—¿La hallaste, Bruno Bronzo?

—No, señor. Mi desventura quiera que Julia haya sido vendida a Dragut, el mahometano de Rodas.

—Sabes, pues, dónde puedes rescatarla. ¿Y la niña?

—Nadie sabe nada de ella. Los cautivos más antiguos confiesan que nunca hubo entre ellos una niña llamada Ángeles de Amor.

—Entonces, también yo he fracasado, por el momento. Aunque no, Bruno Bronzo... Levanta el ánimo y mira aquel castillo. Hay seres felices en su recinto. La felicidad de los otros, cuando en algo a ella contribuimos, concede cierto bálsamo. Y no dudes que, tarde o temprano, tú rescatarás a la mujer que buscas.

Varios cautivos llegaron. Uno de ellos, el mismo que había replicado a Bruno Bronzo, levantó el atezado rostro viril.

—Soy Isidoro Mendía, capitán Lezama. Piloto vasco, y vengo en nombre de mis compañeros de infortunio a presentarte nuestra gratitud.



—Si algún día la luna sonríe...

—Hoy por ti, tú mañana por mí, piloto... —sonrió el Pirata Negro—. ¿Ves aquella nave? ¿Te sientes capaz de mandarla?

—Es de fácil manejo, capitán Lezama. Pero no entiendo...

—Es turca y con ella navegarás fácilmente por los mares africanos hasta llegar a Cádiz. Yo debo quedarme, que mi misión no ha quedado cumplida.

—¿Es tu hija la niña por la que preguntó tu segundo?

—No. Pero es hija de un hombre que agoniza deseando su regreso.

—Dicen los cautivos, que recuperan ahora su libertad gracias a ti, que la cantidad que tú fijes queda aceptada de antemano, porque muy grandes son los riesgos que has corrido.

—Persigo otra cantidad, piloto. Diles a todos ellos que, cuando lleguen a Cádiz, entreguen sus nombres al presidente de la Asociación Antipirática. Y si algún día, al azar de mis viajes, no quiero detenerme en posada, me será grato hallar acogida en alguno de vuestros hogares.

El vasco tendió la diestra con brusco ademán.

—Acepta mi apretón, capitán Lezama-dijo, con voz emocionada

—. Yo conozco a los hombres que viven aventurosa existencia... Pero bien alto diré que como tú nunca he encontrado a ninguno que supiera ser noble y generoso, despreciando con cortesía recompensa por sus buenas acciones.

—No lo digas muy alto, porque puedes arrepentirte cuando te agobie en tu tierra vasca pidiéndote chacolí y buenos tasajos de carne. Supongo que tendréis apremio por abandonar estas tierras. Tú mismo toma el mando de la nave y hazte a la vela. No os atacarán porque os supondrán nave bereber, y antes de entrar en la bahía gaditana destaca una lancha, no sea que las baterías gaditanas te abran fuego.

Cuando la nave, con su cargamento feliz, desapareció en el horizonte, Carlos Lezama tanteó en su cinto la protuberancia que formaba el amuleto que le había entregado Yag-Djema...

—¿El Pozo Mágico? —murmuró en voz alta—. Por mi camino está, ya que en el Dahar me darán noticias de Dragut, el mahometano.

Bruno Bronzo, a su lado, crispó los puños nerviosamente.

—¿Puedo ir contigo, señor?

—¿Por qué no? Dragut, el mahometano, puede darme noticias de Ángeles de Amor..., y allí cerca de donde él esté puedes hallar la muerte redentora.

Empinóse en los estribos, y miró hacia su velero.

—Es hermoso, ¿verdad, corso? No hay —nave mejor en todos los mares africanos.

—Ni hombre que te iguale, señor.

—Tu nacimiento te releva de llamar “señor” a quien sólo quiere ser llamado capitán Lezama. Y ahora, Bruno Bronzo, veremos lo que el destino nos reserva en el Pozo Mágico.

